

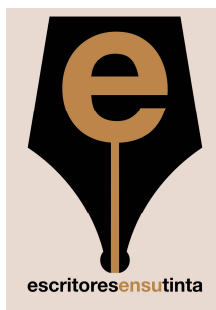
Me dais alas cuando mis pies están mermados de fuerzas.
Renováis mi ánimo cuando mis energías flaquean,
Me amáis infinito...
...como yo a vosotros.
 $Y/0 = \infty$

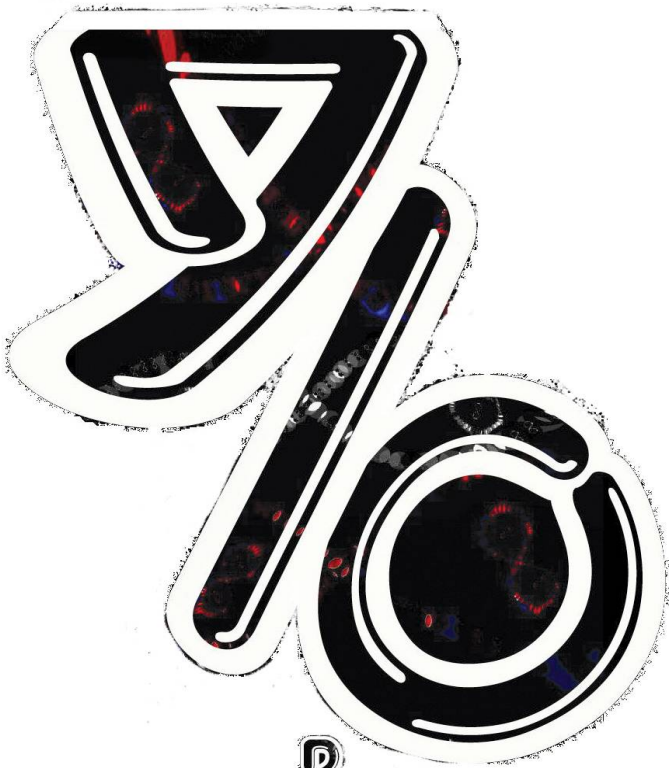
1ª edición actualizada y revisada
Septiembre 2017

© Arturo Maciá Morant
<https://arturomaciamorant.wordpress.com>
@88Infinito.com

ISBN: 978-84-697-5756-7
Depósito Legal: M-20631-2014

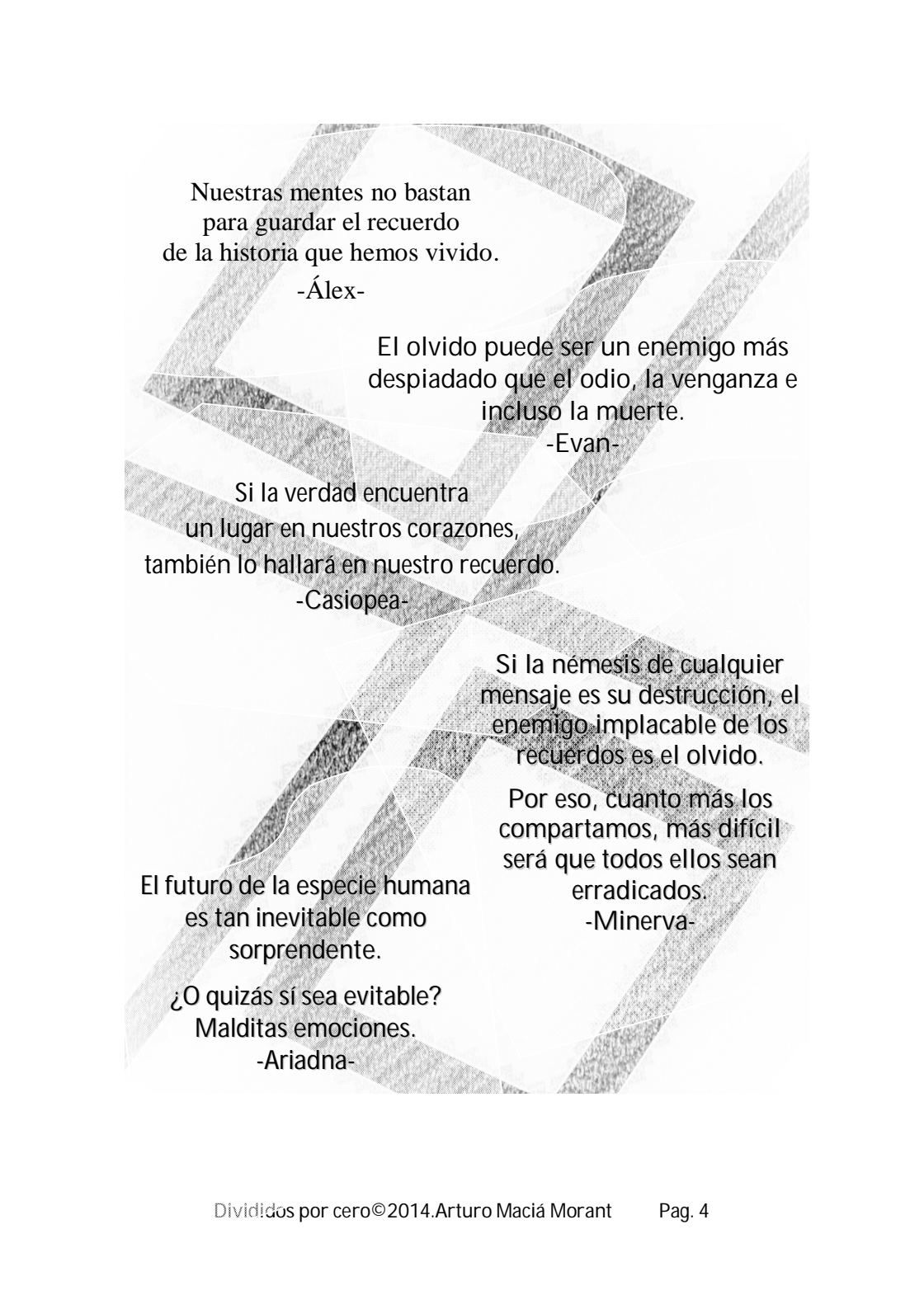
«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conflicencia.com: 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»





DIVIDIDOS
POR
CERO

ARTURO MACIÁ MORANT



Nuestras mentes no bastan
para guardar el recuerdo
de la historia que hemos vivido.

-Álex-

El olvido puede ser un enemigo más
despiadado que el odio, la venganza e
incluso la muerte.

-Evan-

Si la verdad encuentra
un lugar en nuestros corazones,
también lo hallará en nuestro recuerdo.

-Casiopea-

Si la némesis de cualquier
mensaje es su destrucción, el
enemigo implacable de los
recuerdos es el olvido.

Por eso, cuanto más los
compartamos, más difícil
será que todos ellos sean
erradicados.

-Minerva-

El futuro de la especie humana
es tan inevitable como
sorprendente.

¿O quizás sí sea evitable?
Malditas emociones.

-Ariadna-

1 – Conspiración (Minerva)

“Soy inmortal, pero me olvidaré pronto de ello”. Estas han sido las palabras del post-it que, esta noche de lunes 13 de septiembre de 2010 en la estación de metro de Xàtiva de Valencia, han desenterrado el único misterio sin resolver de toda mi carrera periodística hasta este momento.

Había abandonado hace bastante tiempo el hábito de escribir en mi diario electrónico, pero esta frase ha conseguido que vuelva a hacerlo desde esta misma noche.

“Los Cadáveres Invisibles del Parque Güell” no vio la luz. Ese fue el artículo al que dediqué casi todo el mes de mayo de 2002. Nadie pudo demostrar con pruebas concluyentes la existencia de tales cadáveres; ni siquiera yo que, aquel 8 de mayo, fui testigo casual en el escenario del presunto crimen.

Por aquel entonces trabajaba para la agencia Veritas. Había publicado con éxito mi primera decena de artículos de investigación. Mi editor era un apasionado de mi trabajo desde que leyó tan solo el primero de los que redacté. Pero también era un flipado que tituló a mis columnas “Batallas Detectivescas”, acompañadas del sobrenombre “Capítulo 1”, “Capítulo 2”, “Capítulo 3”, etc. Aunque todavía agradezco tanto su confianza como la oportunidad que me dieron en Veritas, todo aquello me pareció demasiado pretencioso. Pero entonces yo era una novata que aún no dirigía su destino laboral como realmente deseaba. Sin embargo, mientras seguía aprendiendo y preparándome para mi salto hacia metas mayores, no dejé de disfrutar de aquellas

“Batallas”... hasta que llegó el “Capítulo 11” aquel mayo de 2002.

Todo empezó cuando disfrutaba de una pequeña escapada con Jorge, mi pareja de aquel entonces. Paseábamos por el Parque Güell, conversando sobre nuestras inquietudes y pretensiones futuras, cuando escuchamos aquel disparo. El suceso me había encontrado y no quise que fuera de otro modo: dejé que mi profesión tomara el control. Aunque estaba en el lado opuesto de donde provenía el disparo, muy cerca de la entrada más próxima a la parada de autobuses urbanos, no dudé en correr hacia el lugar de los hechos: la zona del paseo superior al Viaducto de la Bugadera. Jorge se quedó alucinado ante mi reacción: decidió no seguirme y llamar al 1-1-2 desde su móvil.

Mientras me aproximaba oyendo las sirenas de emergencia, veía a lo lejos dos cuerpos inertes en el suelo; y un poco más allá, a alguien vestido con ropas oscuras y con pasamontañas que forzaba a una niña pelirroja, de unos diez años, para que entrara en la parte trasera de una camioneta de mantenimiento y limpieza. Yo aún estaba a unos veinte metros mientras oía cómo ella lloraba desconsolada y gritaba llamando a su padre y pidiéndole ayuda. Antes de que entrara por completo en la furgoneta ella me vio y gritó en medio del forcejeo: “Es inmortal, pero se olvidará de que lo es otra vez, ayúdala”. La voz con la que dijo esas últimas palabras me impactó. No era su misma voz: era otra voz, también femenina, pero más adulta y serena. Siempre he sido muy escéptica con lo esotérico, pero realmente parecía como si alguien la hubiera poseído y hubiera hablado a través de ella.

Yo ya estaba cerca, a unos diez metros, pero en un santiamén su secuestrador le tapó la boca, entró con ella en la parte trasera de la furgoneta y cerró las puertas. Cuando iba a sacar mi móvil para hacer una foto de la matrícula, alguien me abordó por detrás y me

echó de un fuerte empujón al suelo, alejándome lateralmente de la furgoneta, hacia su izquierda. Mi móvil salió despedido varios metros y se desmontó por el fuerte impacto contra el suelo.

Mi agresor me rebasó muy deprisa. Aunque renqueaba de su pierna izquierda, caminaba sorprendentemente veloz y muy decidido a alcanzar la furgoneta por la puerta del piloto. Finalmente, entró en ella y se marcharon a todo gas con su puerta aún sin cerrar.

Las sirenas de emergencia se oían cada vez más cerca. Me levanté lamentándome: ni pude ver bien su matrícula completa poco antes de fugarse, ni tampoco durante el secuestro en medio de aquel forcejeo. Me miré por si estaba herida: sangraba un poco por algún rasguño en las manos y los brazos, y también me dolía el brazo con el que me apoyé al caer.

Cuando mi adrenalina me dio un respiro y pude pensar con más claridad, recordé a aquellos dos cuerpos inertes y poco distanciados entre sí: un joven de unos 30 años, tumbado y rodeado de un charco de sangre; y otro individuo, también joven, boca abajo y con el cuello muy girado, como quebrado. Mientras me acercaba hacia el individuo que estaba boca abajo, el tatuaje de su antebrazo derecho llamó mi atención: tenía escrito en forma de espiral y con letras góticas "Arquímedes Griego de Simancas".

Antes de que pudiera agacharme para darle la vuelta, los Mossos d' Escuadra y la ambulancia llegaron a toda velocidad. Me ordenaron que me alejara de él. Acordonaron el lugar y tuve que identificarme y prestar declaración, tanto allí como en las dependencias policiales. Cuando acabé con la policía sobre las nueve y media, atendí a varios medios de comunicación apostados a mi salida. Por eso, regresé al hotel casi a las once de la noche. Jorge me esperaba enfadadísimo (pero eso ahora no importa ya).

Esa misma noche, antes de lanzarme a redactar una primera crónica del suceso, encendí la televisión en busca de algún canal con alguna noticia o boletín informativo. Finalmente, puse el programa "Hora 25" en mi radio despertador. Esperé unos minutos, hasta que finalmente hablaron de la noticia.

Inexplicablemente, los periodistas radiofónicos confirmaban que las fuentes policiales oficiales habían cambiado esa misma noche su versión inicial de los hechos hasta en tres ocasiones. Primero afirmaban, en el informativo de las diez, que los periodistas habían sido informados de la existencia de cinco sujetos implicados por una testigo presencial: esa era yo. Dos de ellos se habían dado a la fuga con una niña secuestrada, otro había fallecido y el quinto tenía heridas de consideración a tenor de la sangre derramada sobre sí mismo y a su alrededor. Sin embargo, un par de minutos después, en ese mismo informativo de las diez añadían que, según fuentes policiales, había seis implicados. A los cinco sujetos iniciales, se le sumaba un sexto implicado: una mujer desaparecida y embarazada, a quien pertenecían los restos sanguíneos derramados sobre el quinto sujeto. Yo no la había visto... pero pensé que quizás también la habían encerrado en la furgoneta.

Finalmente, una hora después, las fuentes policiales y por ende los informativos cambiaron su versión de los hechos por tercera vez. Definitivamente concluyeron que solo había dos únicos sujetos intervinientes: el sujeto superviviente y la presunta mujer desaparecida. Adujeron como razón del cambio "un lamentable error pericial y de juicio de una testigo presencial, por el que transmitían sus más sinceras disculpas y su firme compromiso del esclarecimiento raudo y seguro de los hechos".

Pero yo sabía que la verdad había sido adulterada, aunque desconocía por qué causa ni con qué fin. Mi pareja se había

dormido, cansado de esperarme, media hora antes. Yo tenía mi artículo ya redactado y enviado por e-mail hacia la medianoche. Y entonces, mi teléfono móvil sonó. Era Francesc, mi editor de Veritas, con quién había hablado a las once menos diez de la noche: me había asegurado que estaba dispuesto a publicar mi artículo y a secar la tormenta de artículos falsos que otras agencias de información vertían. Sin embargo, finalmente, se desdijo. Yo no daba crédito a lo que oía. Primero me soltó el rollo de que Veritas era una agencia seria y estaba en expansión; pero que, pese a su confianza en mí, yo todavía no era un “peso pesado”. Luego lo remató cuando me dijo haber recibido “ineludibles presiones” desde el Ministerio del Interior, basadas en un informe del Centro Superior de Investigaciones Científicas, para que “no se vertieran calumnias alejadas de toda realidad, impropias tanto de una periodista novicia como de una agencia de periodismo incipiente, cuyas credibilidades quedarían dañadas para siempre”.

Lo único que me quedó claro fue que un topo filtró el artículo a los grandes interesados en ocultar parte de los hechos; y, por supuesto, que mi artículo debía quedar inédito y mi silencio comprado... como el de Veritas. Aunque no alcanzaba a saber por qué. ¿Qué se quería esconder?

El resto de la historia fue previsible, al menos para mí: no me vendí y quise encontrar al topo. Sin embargo, antes de poder continuar con la investigación, la dirección de Veritas me puso entre la espada y la pared: o abandonaba la investigación o abandonaba Veritas. Elegí la segunda opción.

Tras ello, un mes de inactividad bastó para desesperarme al no recibir contestación alguna de mis candidaturas a otros medios y agencias. Y entonces, llegó Max a mi vida profesional: un editor de la Agencia Global de Información que me dio mi segunda gran oportunidad; se había hecho con mi número de teléfono y, después

de una breve presentación, me dijo que había seguido mis talentosos progresos desde mis inicios y que me quería en su equipo por ello. Max añadió que no creía ni una palabra oficial de todo aquel asunto en el que me vi envuelta, pero también me dijo que debía ser muy prudente y, muy a su pesar, que debía de alejarme temporalmente de aquella noticia como condición para darme el trabajo. Max me pareció razonable, honesto y sincero, y no quise dejar pasar aquella gran oportunidad.

Cumplido un año de duro trabajo alejada de aquel asunto, ambos quisimos retomar aquel misterio. Pero la tormenta perfecta me alcanzó una semana después de reiniciar mi investigación. Primero llegó en forma de anónimos que amenazaban a mi familia y que, por supuesto, denuncié. Y después, con una citación judicial en la que se me juzgó y condenó por injuriar y calumniar a los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad de Estado.

Pero Max no me abandonó: en primer lugar, gracias a sus contactos políticos y periodísticos, me salvó de aquel infame episodio; y luego, me protegió con una recomendación blindada y me envió fuera del país por tiempo indefinido... hasta que la tormenta política cesara definitivamente. Y así fue como empecé una nueva etapa en mi carrera profesional dentro de la Agencia.

Fui corresponsal durante seis años, primero en Irak y luego en Londres; y hace tan solo un año, decidí cambiar completamente de rumbo profesional y dedicarme a los informativos. Fue un cambio cuestionado por muchos de mis compañeros del medio, quienes no entendieron que, con mis aptitudes y trayectoria profesional, prefiriera un puesto de menor notoriedad y prestigio. Pero para mí era la respuesta a mis sensaciones: a un deseo, quizás temporal, de disfrutar de mayor tranquilidad y recogimiento. Quería mantenerme tan activa y profesional como siempre, pero alejada de la perpetua y elevadísima presión con la que había

convivido desde mis inicios en la profesión. La constante persecución de la noticia más actual, controvertida y en muchas ocasiones peligrosa, los plazos de entrega asociados a ella y mi alta autoexigencia fueron, sin duda, los factores fundamentales de mi giro profesional. Aunque también fueron ingredientes añadidos al cóctel, tanto la continua lejanía de mis seres queridos como la necesidad de sentir un hogar más mío. Cuando se lo comuniqué a Max, al principio se mostró muy contrariado con mi decisión: no quería dejarme escapar. No solo era su fetiche, “su indomable y talentosa Lois Lane española”, también era su amiga. No obstante, como tantas otras veces había hecho durante su carrera, Max finalmente recapacitó: no solo me liberó de cualquier cargo de conciencia, sino que me dejó sus puertas abiertas para siempre.

Toda aquella etapa dejó una huella imborrable en mí: aún sigo sintiendo debilidad por las noticias en las que se observa la lucha y la defensa de los valores humanos. La noticia de esta noche sobre los murales de post-it conmemorativos del Día Mundial del Alzheimer tenía que ser para mí; y, además, debía ser cubierta desde la misma estación de metro.

Pero cuando finalicé la conexión en directo con el informativo y leí en aquella nota, “Soy inmortal, pero me olvidaré pronto de ello”, aquel frustrado capítulo de mi vida resucitó en mi interior para atormentarme de nuevo: mis recuerdos galopaban desbocados por mi mente a lomos de mis emociones.

La nota había caído al suelo, quizás por una ráfaga de viento de algún tren a su paso por la estación, quizás por falta de adhesivo, quizás por ambas, o quizás por ese recurso tan saturado que llamamos destino. De cualquier modo, me incliné para devolverlo al mural, y mi curiosidad

me hizo leer aquella frase. Durante unos breves segundos, mi asombro era infinito:

—Será posible que... —pensé en voz alta.

Pero quise racionalizar y enseguida me repliqué algo exaltada:

—¡No, no y no...! ¡Es imposible que ahora...!

Me serené y sentencié:

—Dios, cuánta gente necesita ayuda... pero de otro tipo. Eso es lo que le pasa a este mundo.

Uno de los auxiliares de la exposición, un tipo atractivo de unos veintitantos, ni muy alto ni muy bajo, con una melena rubia y lacia y, sobre todo, con unos ojazos azules que quitaban el sentido, se me acercó y me dijo:

—¿Necesita ayuda, Srta. Gómez?

—No, gracias —le dije con una sonrisa—, es solo que la gente nunca dejará de sorprenderme.

—¿Por qué dice eso?

—La nota que he recogido, léala.

El auxiliar la tomó, esbozó una tímida sonrisa tras leerla y comentó:

—Sí, ésta es la primera.

—¿Quiere decir que hay más en este tono? —le pregunté con una curiosidad que se transformaba cada vez más en ansiedad.

—La nota que acaba de leer está fechada hoy. Mire al pie de la nota.

Me volvió a dar la nota señalándome la fecha y prosiguió:

—La recuerdo porque esta tarde una compañera me ha leído algunas de ellas, mientras matábamos el tiempo esperando visitantes. No nos malinterprete, son bastantes horas aquí, ya sabe... Pero son muy conmovedoras la mayoría. Me entiende, ¿no?

—Estoy segura. Pero dígame, ¿y la otra nota? Además, ¿cómo sabe que se trata de la misma persona?

—Acompáñeme y lo entenderá enseguida —me dijo el auxiliar con voz segura.

Nos acercamos al mismo panel donde estaba la primera nota, y tras devolverla a su lugar, en el lado izquierdo y a media altura del mural, el auxiliar me señaló otra nota casi simétrica en su posición respecto a la devuelta, justo en el otro extremo. El tipo de letra era prácticamente idéntico, y su contenido no dejaba muchas dudas: "Aunque soy inmortal, padezco y siento como cualquiera. La enfermedad del olvido está en mí y quizás también su solución".

En ese instante fue cuando la ansiedad empezó a apoderarse de mí. Ciertamente, solo tenía veinticuatro años cuando viví aquella conspiración... aunque nunca olvidé del todo aquella traición. Pese a todo, quise pensar que quizás era demasiado arriesgado dar credibilidad tan pronto a algo así. Pero en mi interior yo sabía que la cuenta atrás ya había empezado. Aunque no quisiera ilusionarme, ante

mí se había abierto una posible conexión con aquel pasado: una que además había quedado desapercibida para todos. Era algo que podía ser auténtico y que no iba a dejar escapar otra vez. Me lo debía a mí misma... y aún se lo debía más a todo aquel que minó mi vida entonces. Y si al final no era más que una falacia de algún perturbado, o una broma de muy mal gusto, pues... mala suerte.

Tras esa fugaz reflexión, mis primeras palabras fueron:

—¿Ha visto la fecha de esta nota? No es la misma que la de la primera que me ha enseñado. Es del año pasado.

—Eso es imposible —indicó el auxiliar—. Este acontecimiento es el primero que se celebra en la ciudad. Este panel lo montamos ayer mismo, y las notas han ido añadiéndose a lo largo del día de hoy por los visitantes.

—Esta última nota está redactada recientemente —añadí—. Fíjese en el color de la tinta y en la textura del papel. No están nada desgastados. Indudablemente, la tinta estaría mucho más aclarada si la nota hubiera sido escrita hace tanto tiempo. El bolígrafo será una pieza de museo en el futuro, pero todavía tomo notas en cualquier papel. Algunas de ellas las guardo incluso varios meses pegadas en libretas y archivadores. Sé de lo que hablo. Ésta fue escrita recientemente: tiene unos días, como mucho.

—¿Y eso qué significa? —me preguntó intrigado el auxiliar.

—Eso es exactamente lo que voy a averiguar a partir de esta misma noche.

2 – Conjunción (Álex)

Barcelona, lunes 13 de septiembre de 2010. Eran poco más de las siete de la tarde y volvía a tener la misma sensación que tuve la semana anterior: de lunes a viernes me sentía observado por alguien. Siempre ocurría sobre la misma hora; siempre en los mismos lugares: cuando regresaba del trabajo y me encontraba ya cerca de mi casa.

Esa tarde no fue diferente a las otras. Salí del metro en la parada de la Plaza de Cataluña y, tras subir a la superficie por la salida que daba acceso a la Ronda de la Universidad, proseguí mi camino ascendiendo por la Rambla de Cataluña.

Eran demasiados días ocurriéndome la misma sensación, pensaba muy inquieto a la par que caminaba. Por eso, nada más cruzar la Ronda de la Universidad, me detuve en la acera y me giré bruscamente para mirar tras de mí. Pero no acerté a ver nada que llamara mi atención: solo un gentío de residentes y turistas que deambulaban por las inmediaciones en todas direcciones. Alguno de ellos estuvo a punto de toparse conmigo por mi inesperada reacción. No me importó. Seguí mirando minuciosamente hacia lo lejos de la Plaza y miré mi reloj algo nervioso: eran las siete y once.

Me quedé allí parado unos pocos segundos más con la mirada perdida. Mientras la gente me esquivaba para dirigirse a sus destinos sin prestarme mayor atención, yo seguía pensativo. Hacía bastante tiempo que había perdido la cuenta de los días que regresaba demasiado agotado de mi trabajo.

Como siempre, mi jornada había empezado nueve horas antes en los laboratorios del Hospital de Bellvitge. Pero desde hacía varias semanas, mi cabeza era como el vórtice de un tornado inmóvil: siempre girando y girando, pero sin avanzar ni encontrar una respuesta definitiva que solucionara mi investigación. Pensaba en los millones de vidas que cambiarían si lo consiguiera, pero también recordaba como mi familia había sufrido en el pasado por esta cruel enfermedad. Una que era capaz no solo de conseguir el olvido de los seres más queridos, sino también de borrar la voluntad sobre las funciones fisiológicas más primarias de todo ser humano, privándole así de una merecida dignidad durante el resto de su vida.

Se había levantado una suave y fresca brisa. Quizás no tendría nada de especial para los demás, pero sí para mí porque, sobre esas fechas desde bien niño, esa brisa me recordaba que el verano empezaba a difuminarse lentamente.

Finalmente, dejé de perderme en mis pensamientos y continué mi camino. Iba ascendiendo por la acera izquierda de la Rambla de Cataluña mientras observaba aquel paisaje único: el pico Tibidabo y su majestuoso Templo Expiatorio del Sagrado Corazón erigido sobre su cumbre.

No me resultaba fácil desconectar de mis preocupaciones últimamente. Quizá fue por eso por lo que vino a mi memoria un capítulo traumático de mi vida: desde el año 2002 y durante los cinco largos años siguientes, mi vida había sido convulsa y cuestionada tanto policial como judicialmente. Pero, después de todo, nunca llegué a saber con exactitud qué fue lo que me llevó a ese extremo. Por eso, en aquellos instantes, me recordé que aquel pasado había quedado muy lejos de mí: no necesitaba ninguna complicación que fuera más allá de las de

cualquier otro urbanita legal y anodino. Por la misma razón, decidí no dar ninguna importancia a aquellas sensaciones: preferí pensar que eran fruto del cansancio mental que había acumulado por mi trabajo. Sin embargo, fue entonces cuando una oleada de duros recuerdos se apoderó de mí:

El 8 de mayo del año 2002, cuando tenía treinta y dos años casi recién cumplidos, me hallaron al crepúsculo profundamente amnésico e indocumentado junto a un considerable charco de sangre que no me pertenecía, tirado en uno de los paseos del Parque Güell. Durante mi estancia en el Hospital Clínic, aquel interminable mes de mayo, fui cosido a pruebas médicas. Ninguna concluyó nada más allá de la obiedad: amnesia por posible shock traumático de causa desconocida; y un enrojecimiento localizado en la zona derecha del cuello también de origen desconocido, similar a una picadura de insecto, que desapareció en menos de una hora.

Los tres primeros días de hospitalización fueron un calvario interminable para mí. No recordaba nada de mi vida anterior: ni siquiera sabía quién era. En medio de aquella terrible soledad e impotencia, las investigaciones policiales consiguieron revelar bastantes aspectos sobre mi identidad y mi pasado, antes de que mi mente se recuperara casi por completo tras tres semanas de asombrosa evolución. Pese a todo, todavía poseía importantes lagunas que afectaban a la última década de mi vida y que, gracias a la labor policial, conocí.

En la copia de aquel primer documento, un borrador informal que la policía me leyó y luego me dio, se afirmaba:

"Alejandro Vega Castellar, hijo único de padres residentes en Elche, Joaquín Vega Blanes y Elvira Castellar Valero, ambos fallecidos en accidente de tráfico hace dos años. Alejandro es Licenciado desde el año 1993 en Bioquímica en la Universidad Autónoma de Barcelona con Matrícula de Honor, y residió en Barcelona durante el año posterior a su graduación, donde obtuvo un par de trabajos temporales como Auxiliar de Farmacia y de Laboratorio. Los pocos que lo conocían, tanto de la universidad como del trabajo, decían que era muy aplicado, pero también muy discreto y reservado con su vida privada. A él le gustaba que le llamaran Álex, como le llamaban sus padres desde niño. Ninguna de sus escasas amistades universitarias puede confirmar si mantuvo relaciones sentimentales estables durante sus estudios, aunque creen que no. Todos perdieron el contacto con él al terminar la carrera.

Alguna vez, durante el año 1994 algunos compañeros de trabajo lo vieron fugazmente paseando por la ciudad con su pareja y con su hija adoptiva, que por aquel entonces tenía dos años. Su pareja, Ayami, era una chica de veinte años muy guapa, de complexión normal, estatura media-baja, con rasgos orientales (posiblemente japonesa) y de cabello corto, moreno y con mechones pelirrojos. El

nombre de su hija adoptiva también parecía oriental: Ari.

Ayami no mantuvo contactos o amistades regulares con nadie. Pocos trataron con ella en alguna ocasión y ninguno sabía con exactitud cuál era su procedencia ni su pasado: solo coinciden en que, según ella, "adquirió estudios de Bio-Robótica Avanzada en su país". Pese a ello, no se le conoció experiencia profesional durante todo el tiempo que estuvieron unidos. Ella siempre les decía que "había encontrado El Paraíso junto a Álex y que sus orígenes eran demasiado sórdidos para ser recordados". En esa faceta de sus vidas, ambos eran tal para cual: muy reservados.

A partir de 1995 vivieron en Leverkusen (Alemania), donde Alejandro trabajó para la farmacéutica Bayer hasta el año pasado: regresaron en 2001 a Barcelona, donde Alejandro siguió trabajando en otra sede de Bayer, la de San Joan Despí. Pero solo un año más tarde, a principios del presente 2002, fue seleccionado para trabajar en el Área de Investigación de Bioquímica del Hospital de Bellvitge, donde actualmente proseguía.

Su mujer y su hija adoptiva, que ahora tendrían veintiocho y diez años respectivamente han desaparecido sin dejar rastro. Nadie las ha visto desde que Alejandro tuvo el episodio de amnesia y

fue hallado el 08/05/2002 a las 19:57 horas al lado de importantes restos sanguíneos humanos, en uno de los paseos del Parque Güell. Las muestras no coinciden con las de nadie registrado, pero se sabe que pertenecen a una única persona: una mujer embarazada. Tampoco se han hallado restos sanguíneos en su domicilio ni coincidencias en el ADN de la presunta víctima al compararlos con algunas muestras halladas en los lugares en los que él trabajó en Barcelona.

Finalmente, el resto de los parientes cercanos en vida de Alejandro son: su tía materna, actualmente viuda, y su hija. Ambas residen en Argentina hace ya más de una década, pero no mantenían ningún contacto desde su partida, a raíz de antiguas desavenencias familiares con los padres de Alejandro".

Aquellas parrafadas me dejaron hundido: tenía una familia propia que había desaparecido tan inexplicablemente como mi memoria de ella; y además supe, como si fuera la primera vez, que mis padres habían fallecido trágicamente. Sin embargo, con la perspectiva que me ha dado el tiempo vivido tras aquel drama puedo decir que, al menos, aquellas palabras fueron lo más relevante y acertado que se escribió sobre mí durante mucho tiempo después. A un interminable año de visitas e interrogatorios policiales infructuosos, se le sumó el acoso mediático que las investigaciones, los reportajes y las

noticias derramaron sobre mí en todo tipo de medios de comunicación.

Muchos policías y periodistas perseveraron en encontrar algún indicio que me culpabilizara. Incluso se especuló en algunos medios con mi entrada en prisión preventiva. El tiempo parecía detenido en mi desgracia... aunque siempre es inexorable en su devenir. Finalmente, la ausencia de registros y de familiares de Ayami, tanto en su presunto país de origen como en otros de culturas colindantes, fueron determinantes e impidieron que el proceso penitenciario llegara hasta ese extremo. Tampoco se tenía constancia veraz de testigos, ni de cuerpos ni de cadáveres que probaran la existencia de un delito homicida o criminal. Además, la aptitud de mis informes médicos y psicológicos, y mis declaraciones siempre consistentes, jugaron en mi favor.

Pero, después de todo, lo más penoso para mí no fue el arduo proceso legal al que fui sometido; ni siquiera la incertidumbre que vertió todo este dramático asunto sobre mí honorabilidad. Lo más lamentable fue que, cuando el caso acabó cerrado por ausencia de cualquier tipo de pruebas tras el pertinente periodo legal, yo seguía sin recordar nada ni de mi pareja ni de mi hija. Nunca regresaron ante mí, ni nunca se las encontró. Es más, al inicio de mi relato, cuando os contaba que iba de regreso a mi hogar la tarde del 13 de septiembre de 2010, mi mente aún seguía sin recordar nada de todo aquello.

Ocho años atrás quise desaparecer tan radicalmente como ellas e intenté suicidarme con una sobredosis de antidepresivos. Pero los médicos me dieron una segunda oportunidad y luché para regresar a la vida. Solo me importaba vivir mi presente, solo quería sentirme vivo de nuevo. Por eso, busqué fuerzas hasta debajo de las piedras y

valoré cualquier pequeño momento que se presentara ante a mí a diario: desde la sonrisa de una joven al ver llegar a su chico, hasta las caricias de un perro cariñoso que se acercaba a saludarme pese a los esfuerzos de su dueño para contenerlo. Casi todo sumaba en mi fortaleza si yo era capaz de conservar mi filosofía y mi tesón. Pero no vencí en solitario...

Casiopea, mi enfermera inglesa y bilingüe del Hospital Clínic, cuidó de mí a la perfección. Tanto fue así, que me enamoré perdidamente de ella, de las pecas de sus mejillas y de sus rizos pelirrojos; y tras varias tentativas, conseguí que nos viéramos fuera de allí. Al final, después de un año inolvidable, en el que compartimos bastantes citas e incluso algún pequeño viaje, me dejó conquistarla. Bueno eso quiso creer mi ego... porque fue ella quien me pidió matrimonio y yo quién acepté encantado.

Por otro lado, conté con el sincero apoyo de la Dirección del Hospital Bellvitge, que se encomendó a los informes y recomendaciones que emitió, tanto de mí como de mi trabajo, el Doctor Castells, por aquel entonces el nuevo y prometedor Director de Recursos Humanos del Hospital. Pese a que llevaba tan solo seis meses trabajando cuando ocurrió aquella desgracia, y aunque tardé un año en volver, ambas partes ejecutaron de modo ejemplar la presunción de inocencia. Tras tanta desgracia y en un mundo tan materialista, me pareció increíble que me ocurriera algo tan bueno. Pero era cierto... y acepté la oportunidad muy agradecido.

Como os decía al inicio de mi relato, de allí volvía. Y tras aquella avalancha de recuerdos deseaba, cada vez más, llegar pronto al refugio del hogar. Acelaré el paso.

Sin embargo, mi mente seguía inquieta aquella tarde. Mientras proseguía ascendiendo por la Rambla de Cataluña también reflexionaba sobre mis problemas en el trabajo. Cada día más, notaba el agotamiento en mí y me sentía culpable, porque estaba permitiendo que el trabajo lo provocara en mí más allá de lo saludable. Aunque siempre había sabido diferenciar mi vida profesional de la personal y las había mantenido en sano equilibrio, hacía un par de meses que eso había empezado a cambiar. No obstante, con mi familia me esforzaba para no mostrarme demasiado cansado ni apesadumbrado: no quería que tuvieran que pagar por mis problemas laborales. Pero mi autoexigencia me consumía demasiado: nunca había tenido la oportunidad directa de investigar la enfermedad de Alzheimer, de evitar que las personas atrapadas por la enfermedad sufrieran el mismo destino que mi abuela.

Por todo ello, mi investigación era más que un reto para mí: mi determinación crecía a diario alimentada por mis emociones. De vez en cuando, intentaba recordarme que mis valores y mi tesón debían estar en perfecto equilibrio con mi organismo. Sabía que querer es poder, pero también que la potencia mal administrada no conducía a buen destino. Pero estaba demasiado presionado y dividido entre dos frentes: ni quería que mi actitud me condujera a enfermar, ni tampoco quería que mi proyecto de investigación quedara aplazado por la ausencia de resultados o de financiación. En este mundo demasiadas investigaciones acaban aplazadas o canceladas, sumergidas en el vasto océano del tiempo, fundamentalmente por razones de rentabilidad económica. Todo esto era algo que me inquietaba profundamente.

Sin duda, fue un error impropio de un investigador con mi experiencia dejar que la ansiedad por obtener resultados

cobrara tanto protagonismo. Afortunadamente, Arquímedes, para mí el gran protagonista de esta historia, me hizo abrir los ojos y volver a la senda correcta. Pero en absoluto fue un camino sembrado de pétalos de rosas. Todo tuvo su precio: no podía ni imaginar lo convulsa que iba a convertirse mi vida, de nuevo, en menos de veinticuatro horas.

Ya estaba a pocos metros de casa, en la parte más alta de la Rambla de Cataluña, cuando por fin mi mente me concedió una tregua. No veía la hora de ver a Casiopea e Hiro, mi mujer y mi hijo de siete años, mis mayores puntos de anclaje a la realidad de un mundo que podía ser tan feliz y maravilloso como cruel e injusto. No había más que echar un vistazo a los informativos de las nueve cada noche para darse cuenta de ello. O simplemente a mi mismo alrededor, en las calles de la metrópolis cosmopolita, cuyas gentes, arte y arquitectura habían cautivado mi corazón desde el primer momento que la pisé en 1988. Entonces tenía dieciocho años e infinitas ganas de comerme la Licenciatura... y luego el mundo.

Casi había llegado a la puerta de nuestra casa, cuando pensé lo idiota que estaba siendo agobiándome con tantas preocupaciones. Pese a todo, también era un privilegiado por razones obvias: tenía una familia, un hogar y un trabajo geniales. Antes de entrar me detuve y me giré para dejar que todos mis sentidos disfrutaran de la rambla: de las vistas de mi hogar. Y entonces, fue cuando la vi por primera vez. Era una joven de no más de veinte años, quizás diecinueve, vestida con ropas urbanas anchas: unos pantalones de color marrón algo más ceñidos de cintura y algo más anchos de pierna, y una sudadera muy fina de color negra, con una capucha que solo me dejaba ver el rostro que sus rizos pelirrojos no le cubrían. Mi encuentro fue fugaz. La vi a unos diez metros de mí cuando

me giré. Pero, como si no quisiera ser vista, se paró bruscamente y cruzó la calle corriendo a toda velocidad.

¿Qué podía pensar en aquel momento? La idea de que alguien me seguía los últimos días empezaba a cobrar sentido. ¿Pero qué podía querer aquella joven de mí? No me parecía peligrosa a simple vista. Después de tanto tiempo, durante el que había probado diferentes tratamientos médicos y terapias psicológicas, ya había asumido mi vida tal y como la conocía. Aunque este asunto me hizo volver a pensar que todavía tenía un pasado desconocido. Y especulé... ¿Y si realmente ella tenía algo que ver con aquel pasado? ¿Podría ser mi hija desaparecida? Noté como mis pulsaciones aumentaban y me serené como pude: quise racionalizar los hechos, y respiré profunda y pausadamente. Realmente, aún no había nada objetivo en aquel hecho, nada que pudiera indicarme que aquella joven tenía algo que ver con mi pasado, ni por supuesto que fuera mi hija. Ya había desaparecido de mi vista, y no sabría hacia dónde echar a buscarla tras la esquina por la que giró. Si de verdad necesitaba algo de mí, ella volvería a buscarme de nuevo, pensé. Así que intenté alejarme de más paranoias y entré al edificio, dispuesto a abrazar y besar a los míos.

Tras nuestra puerta me esperaba Hiro, que me había oído saludar al vecino en el rellano, y nada más verme me dijo en voz alta a mis espaldas:

—¡Si no te asustas no te quiero! —rompiendo a reír cuando me giré a perseguirle con las manos rígidas al frente, como el Frankenstein de las antiguas películas en blanco y negro.

—¡Mi venganza será terriiiiiibleeee! —le decía yo, sin poder contener la risa.

En el baño estaba Casiopea, mi escultural pelirroja, tan guapa que curaba todos mis males con solo una sonrisa, aunque el beso que luego me dio también aceleraba la cura... y mi corazón.

—Salgo enseguida —me decía con una voz tan cálida que esperaba horas si fuera necesario—, vamos, vamos, mientras tanto, tráete tus cosas para después de mi ducha —añadió.

—¿Después? ¡Qué pena! —le dije con una sonrisa pícara.

—Vamos, luego habrá más tiempo para eso. Todavía eres un auténtico Johnny Storm a tus cuarenta: rubio con ojos azules, guapo y... ¡buenorro! No te basta con parecerte físicamente a él cuando estás apagado... ¡También te enciendes! —, se rio finalmente.

Salí como nuevo de la ducha y ya era hora de cenar. Veíamos el informativo nacional mientras cenábamos, algo a veces complicado porque Hiro siempre nos preguntaba cosas que no entendía. Aun así, nos esforzábamos en explicárselas con mucho gusto: ese era el precio si queríamos intentar que fuera el día de mañana una persona formada y responsable. Pero tampoco había que excederse. Era un niño como cualquier otro: necesitaba jugar y relacionarse dentro de su universo infantil.

Esa noche una noticia llamó mucho nuestra atención, especialmente la mía. La conexión en directo era desde la estación de metro de la calle Xàtiva de Valencia. Con motivo

de la conmemoración del Día Mundial del Alzheimer, una iniciativa maravillosa de una asociación valenciana de familiares de afectados por esa enfermedad, había conseguido que cientos de personas se acercaran a varias estaciones de la red de metro de la ciudad. Allí, entre diferentes vallas publicitarias solidariamente cedidas y algunos extensos murales, los asistentes dejaban colgadas pequeñas notas en las que apuntaban una idea, un pensamiento, un recuerdo... algo que cada uno nunca querría olvidar. El gesto humanitario se prolongaría durante los siguientes días. Así, se rendiría tributo tanto a todos aquellos que ya no pueden recordar, como a todos aquellos que luchamos para erradicar la enfermedad.

Casiopea me dijo que había visto la misma noticia en el telediario de la tres de la tarde y que se había acordado mucho de mí; sabía cómo hacerme sentir especial.

Pasadas las once, Casiopea seguía viendo la televisión en el sofá, pero yo estaba rendido. Me fui al dormitorio y de camino sonó el portero automático con insistencia. Hiro ya estaba dormido. Si no dejaban de llamar acabarían por despertarlo:

—¿Quién es? ¿Quién es?

Nadie me respondió, pero se oía una respiración algo agitada.

—¿Oiga? ¿Oiga? —insistí.

— Álex, ¿Quién es?

—No lo sé, Casiopea. Oigo a alguien respirar, pero no me contesta.

—Voy yo. Déjame a mí... Escúchame bien: o te piras o llamo a la policía ahora mismo... ¿Ves? Ha echado a correr.

3 – Arquímedes (Minerva)

Le quedaban solo 3 minutos de vida al lunes 13 de septiembre de 2010 y aún estaba despierta, sentada sobre mi cama. Pero ya tenía mi plan trazado... y empecé a ejecutarlo.

Cogí mi smartphone y llamé a Max para anunciarle mi vuelta. Así, sin más. Ni le pedí permiso ni le pregunté si era un buen momento. Sabía que no lo necesitaba. Mi reputación me precedía. Si cedía negociando era porque obtenía lo que realmente me había propuesto. Pero ante todo contaba con las últimas palabras de Max antes de marcharme: "Eres una gran profesional y mejor persona en la que confiar. Si realmente ha habido una noticia que mereciera tal apelativo siempre la descubriste. No sé cuándo habrá más en tu futuro, pero sí estoy seguro de que las habrá. Y quiero la exclusiva para la agencia que te permitió dar el gran salto a la primera división del periodismo".

Por el momento, me había quedado con las dos notas por si su grafología podía serme de ayuda. Para hacerme con ellas en la estación me bastó con acercarme a mis dos compañeros de equipo y guiñarles mi ojo izquierdo fugazmente: me brindaron la distracción necesaria mientras desmontaban el equipo y hablaban con el personal auxiliar. Yo, mientras, leía otras notas cercanas y apoyaba mis dedos sobre ellas a modo de puntero. El prestigio de mis manos,

adiestradas por Javi, un antiguo novio del instituto, hizo el resto.

Sentada en mi cama, miraba las dos notas con detenimiento una y otra vez. Intenté despejar la incógnita del autor recurriendo al tacto y al viejo truco de sombrear con un lápiz las notas. Me emocioné cuando empezó a aparecer una palabra en la primera. "Búscame": esa era la palabra que encontré en la nota. "Sálvame" fue la que apareció en la otra. No me gustaba: era demasiado previsible. Alguien quería que fuera así de fácil por alguna razón. Tendría que llevar mucho más cuidado del previsto. Aunque de algo estaba segura: no era la primera vez que me había enfrentado al peligro por una noticia.

Pero ya era hora de descansar. Apagué la luz de mi cómoda. La luna iluminaba mi habitación con un confortable resplandor. Cerré mis ojos verdes deseando que el martes llegara pronto y que fuera generoso en mi investigación. De ese modo, podría seguir con mi diario de noche: con él construiría el auténtico capítulo 11 de mis "Batallas Detectivescas".

A la mañana siguiente me di una ducha tan rápida como fría, me vestí y desayuné a toda prisa un café con galletas. Antes de salir de casa en dirección hacia la estación de metro de la calle Xátiva, llamé a mis contactos para que me consiguieran acceso a los vídeos de seguridad del evento del día anterior. No hubo problema. Después, mientras iba andando por la calle Colón, llamé al trabajo y les dije que me iba de excedencia. Leo, el responsable de recursos humanos, alucinaba conmigo. Pero sabía que ese día podía llegar en cualquier momento: ya se lo advertí mi primer día de trabajo.

Cuando llegué a la central de seguridad de la estación, el técnico de seguridad que me atendió me dijo que había habido un imprevisto. Por “un error del software” las cámaras solo grabaron hasta que finalicé la noticia que cubría y despedí la conexión. Me mostré muy molesta nada más recibir la noticia, pero le resté importancia enseguida, ya que estuve prácticamente desde ese instante observando cada detalle de la estación. Además, el que escribió aquellas notas debería aparecer antes del corte.

Y así fue. Cuando creía que no iba a aparecer nunca nada significativo, después de más de tres horas de reproducción combinada a varias velocidades, mis ojos recibieron su recompensa.

—¡Alto!, ¡páralo ahí! —le dije al técnico de seguridad—. No, un poco más atrás. Sí, ahí está, gracias.

Era un varón cabizbajo que aparentaba unos veintitantos, caucásico, lucía cabello con media melena, moreno, con cierta complexión atlética, y alto (poco más de 1'80 metros). El ángulo de la cámara, su cabello y su tez cabizbaja no dejaban ver con demasiada claridad su rostro. Llevaba pantalones vaqueros gastados, y una camiseta negra de manga corta con las palabras en inglés “Loose electricity”.

—Está muy bueno y además tiene buen gusto musical —dijo el técnico sonriendo con cierta picaresca—, pero ¿qué tiene de especial aparte de estar para...? —Y esta vez se sonrojó algo más—. Quiero decir... bueno, ya me entiende, ¿no?

—Le daré tu número de teléfono cuando le vea —
sonreí. Mientras el técnico no perdía tiempo en anotármelo
le dije que se fijara mejor.

—¿En qué? —me respondió desconcertado.

—En su antebrazo derecho hay un tatuaje. Páusalo ya
y amplía para que se vea mejor. ¿Puedes o también se ha
averiado el software? —dije con impaciencia.

—Vaaale... ¡ya está, ahí lo tienes!

—¡Es él! ¡Son letras góticas y en forma de espiral! Por
el ángulo y la luz no se ve completo... pero la mayoría de
las letras sí se pueden ver. ¡Un tatuaje así y con ese nombre
no lo lleva cualquiera! ¡Estoy segura de que es él!

—¿De qué es quién? —el técnico estaba intrigado.

—Arquímedes Griego de Simancas —le respondí.

—¿Quién?

—Es una historia muy larga. Léete mi crónica y lo
sabrás. Dale al play otra vez, venga. A ver... ahora está
dejando una nota en ese panel de ahí, páusalo ya.

—Hecho.

—Ya, pero el ángulo que tenemos tampoco deja ver
su contenido... mierda.

—Tú sabrás qué significa todo esto, porque yo...

—¡Espera! Aún tiene que irse, continúa
reproduciendo a ver si puedo ver su rostro mejor...

Transcurrieron solo cuatro segundos después. Él se marchaba ya, pero se giró y alzó su rostro apenado mirando el panel. Me di cuenta en el mosaico del monitor de vigilancia que la cámara opuesta lo grabó frontalmente y exclamé:

—¡Ahí está! ¡Pausa! ¡Hazle más zoom a su rostro, quiero un primer plano!

—¡Voy, ya voy! ¡Tranquila! ¡Ya está! Mira: el color de sus ojos es marrón miel... ya podían ser verdes.

Pasé de su comentario y grité emocionada:

—¡Tiene que ser él! ¡Y ahora por fin lo tengo! ¡“El cadáver invisible” que nunca existió! ¡Necesito una copia de todo este fragmento!

—¿Cómo lo has llamado?

—Da igual. Mientras no sepa cómo se llama de verdad lo llamaré Arquímedes. ¡Vamos, pásame ya esa copia a mi móvil!

—Eso está hecho en menos de un minuto. ¡Pero acuérdate de darle mi número!, ¿eh?

—¡Cuenta con ello! ¡Te conseguiré hasta su teléfono!

Finalmente me marché con el tesoro directa hacia casa. Desde allí recurrí nuevamente a mis contactos: esta vez llamé a Max. Sabía que se relacionaba con algunas personalidades importantes, como algunos inspectores e incluso altos cargos de la policía. Max no me garantizó nada seguro, pero el camino estaba claro. Había que cruzar el fotograma más nítido y frontal posible del individuo con

las imágenes que estuvieran en sus bases de datos, no solo delictivas sino civiles. Un trabajo cuya resolución quizá llevaría algunos días.

4 – Agua (Álex)

Era una tarde que amenazaba lluvia. Algunos rayos de sol se resistían a ocultarse tras las nubes oscuras, y otras muy blancas coexistían a la vez: era cuestión de poco tiempo que las nubes ganaran la batalla. Pero allí estaba yo con esa mujer y esa niña. Los tres juntos en aquel parque lleno de árboles y naturaleza, sentados en medio de un camino de tierra. Jugando, riendo, cogiéndonos de las manos. Éramos felices, y de repente, todo cambiaba. No sabría decir por qué exactamente, pero la felicidad se transformaba en una amarga discusión entre esa mujer y yo, y la niña echaba a correr llorando.

Y entonces me desperté agobiado. ¿Por qué había tenido ese sueño? ¿Me estaba queriendo decir algo mi subconsciente? ¿Acaso eran Ayami y Ari?

Tuve ese sueño la madrugada del martes 14 de septiembre. Su explicación estaba aún en el futuro, aunque a pocas horas.

Eran ya las seis y media. Faltaba media hora para que sonara el despertador. Se oía llover suavemente en la ventana. Como no pude volver a dormirme, me puse en marcha. Después de asearme tranquilamente preparé el desayuno para los tres. El implacable despertador torturó a Casiopea y a Hiro mientras yo intentaba consolarlos con el desayuno. No era tarea fácil con ninguno, sobre todo con Hiro.

Cuando acabamos de desayunar, Casiopea se despidió de nosotros: se marchaba al Hospital Clínic. Pocos minutos después, Hiro y yo ya estábamos listos también. Aunque había dejado de llover, cogí los paraguas y emprendimos el camino hacia la Escuela de la Concepción, en la calle Bruc.

Íbamos bien de tiempo y dimos un pequeño rodeo subiendo por la Rambla hasta su cruce con Provença: movimos nuestro corazón un poco más, además de alegrarme la vista al pasar frente a la Casa Milá. Finalmente, llegamos a nuestro destino. Me incliné para despedirme de Hiro y me sorprendió regalándome un fuerte abrazo. Ya llegaría el día que se avergonzara, pensé, pero mientras durara... iba a disfrutarlo.

Hiro se detuvo un momento antes de atravesar la puerta de la escuela. Sonrió y me dijo que le hiciera otra vez “la venganza terrible”. Me entró la risa, pero no me pude negar y por unos segundos fui su monstruo favorito. Miré algo avergonzado alrededor de mí y emprendí mi regreso. Tomé la calle Aragón hasta su cruce con Gracia, por donde ya asoma la Casa Batlló.

Durante el trayecto, mientras empezaban a caer algunas gotas dispersas, me asaltaron las imágenes del sueño. No recordaba los rostros de ninguna de las dos: estaban borrosos. Pero sí recordaba el color de sus cabellos: la mujer era morena y la niña era pelirroja, con un brillo cobrizo intenso. La mujer no tendría más de treinta años. La niña tendría unos diez.

La lluvia apretó: aceleré el paso y abrí mi paraguas. Y entonces ocurrió: vi a la misma joven de la tarde anterior. Estaba frente a mí, pero en la otra acera, en el paso de peatones de Gracia que está próximo a la bajada de su estación de metro y en frente de la Casa Batlló. ¿Iba tras de mí de nuevo? ¿Era

ella quién me hizo también sentir observado la semana anterior? ¿Era ella quien llamó la noche anterior al portero automático? Demasiadas casualidades, pensé.

Estaba decidido a hablar con ella cuando el semáforo me diera paso, pero ella me vio y echó a correr. Aunque el semáforo peatonal aún estaba en rojo, hice lo mismo: la perseguí. Quería una respuesta, la merecía... Me quedé sin ella.

Casi me atropellan. Me salvé por poco, aunque el coche implicado se llevó la peor parte: se subió a la acera hacia la que me dirigía y quedó volcado. La calle mojada, un conductor evadido con su música y algo de exceso de velocidad agravaron, sin duda, lo que habría quedado en un frenazo, quizás acompañado de un giro algo brusco, a lo sumo. Aun así, no dudé ni un instante que yo era el principal responsable al cruzar en rojo. Asumí mi error y me dirigí rápidamente al vehículo del que había salido el conductor milagrosamente ileso, al menos en apariencia.

Conservé la calma todo lo que pude. Por eso pude fijarme en su aspecto: parecía español o de algún país mediterráneo, de unos treinta y pocos, con el cabello muy corto, moreno, con cierta complexión atlética, y alto (poco más de 1'80 metros). Sus ojos, marrones como la miel, llamaron mi atención cuando clavó su mirada en mí al dirigirme hacia él:

—¿Se encuentra bien?, ¿necesita asistencia médica? —le dije preocupado.

—Casi nos matamos, ¿y me preguntas cómo me encuentro?

—Lo siento, ha sido un error imperdonable por mi parte, mi seguro se... —y me interrumpió bruscamente en un tono más amenazante:

—¡Gracias por cruzar en rojo sin mirar capullo!

—No me insultes, ya te he pedido perdón —le dije muy seriamente—. Ahora me importa tu salud.

—Mi salud, ¡y una mierda!, ¡te importa tu mala conciencia! —dijo cada vez más agresivo.

—¡Como si tú no fueras a más de cincuenta en tu cochazo con la música a reventar y mirando a no sé dónde! —estallé. Mientras, un grupo de mirones no hacía nada más que disfrutar del lamentable espectáculo bajo una lluvia que no se decidía a apretar del todo.

Por suerte, la Guardia Urbana llegó en el instante en que podían complicarse las cosas. Tras la oportuna declaración y toma de datos me marché del lugar bastante apesadumbrado, huyendo de las cámaras de la televisión autonómica, que se había acercado al lugar para dar cobertura de la noticia.

Cogí el metro en Plaza de Cataluña. Un rato después bajé en la parada de Bellvitge. Había dejado de llover. Anduve cabizbajo hasta llegar a mi centro de trabajo. Antes de entrar me detuve para mirar el cielo cubierto con cierta resignación y, más detenidamente aún, el edificio principal del Hospital Universitario. En ese preciso instante, varios recuerdos laborales relativamente recientes se apoderaron de mí.

Hacia tres meses que me había incorporado al Área de Bioquímica y Biología Molecular... contra todo pronóstico. Había varios candidatos además de mí. Algunos quizá

contaban con más referencias profesionales, otros simplemente estaban mejor relacionados con la política del Hospital. Se notaban las tensiones y la hipocresía entre pasillos: todos deseábamos la asignación del nuevo puesto creado. Por eso tomé la vía más directa y arriesgada. Los únicos convencionalismos que adopté fueron recurrir a mi currículum y a mis destacados resultados en otras áreas. Del resto prescindí: ni fui a la clásica entrevista programada por los psicólogos del Área de Recursos Humanos, ni redacté la consabida carta de remisión para exponer mi candidatura. Las reemplacé por acudir a la fuente directa: me colé en el despacho de Castells, el Director de Recursos Humanos del Hospital, capté su atención y me entrevisté con él.

Dicen que la necesidad agudiza el ingenio. Yo deseaba trabajar en esa área como fuera y, para conseguirla, tenía que encontrar “un enchufe” más grande que “los enchufes” de los demás. Sabía que el cargo de Director de Recursos Humanos lo ocupaba todavía la misma persona que en el pasado me apoyó incondicionalmente... pero también podía haberme “electrocutado laboralmente”. Era todo o nada. Y fue todo. Así es como logré que me concedieran el campo de análisis que más deseaba: el Alzheimer.

Con el tiempo fui descubriendo que es el área de estudio menos valorada de todas las que están actualmente en curso, aunque solo sea respecto al grado de atención o prioridad de la que gozan las otras a corto plazo. No es nada personal para mi tranquilidad. Que sea el único recurso humano dedicado a mi campo de estudio se limita a la política de gestión interna del hospital. Es decir, en la balanza de los recursos dominan los proyectos cuyas expectativas para alcanzar resultados positivos a corto y medio plazo son más probables y optimistas. Y esto ocurre, sobre todo, con aquellos campos en

los que se estudian procesos cuyo aislamiento de otros es más sencillo. En ellos la aplicación de procedimientos es más directa y menos extensiva a otras variables de análisis, que demoran extraordinariamente la obtención de resultados definitivos.

Entré al hospital con la mente ida en todo ello y otro recuerdo laboral más reciente me asaltó:

—Sé lo que estáis pensando —les dije la semana pasada a cuatro de mis “compañeros” de mi misma área, aunque asignados a otros proyectos—. Que estoy quemado, o peor, que soy un envidioso —Recibí por respuesta silencio y miradas de asombro, y proseguí:

—Os aseguro que nada más lejos de la realidad. Me encanta mi trabajo, aunque sea complejo por la cantidad de implicaciones, variables, e interacciones a tratar. Aunque tarde más que nadie en conseguir resultados, me alegro por vosotros, y por la gente a la que ayudáis con vuestros logros. Y me encanta mi trabajo, pese a que algunos de mis “compañeros” se creen su propio círculo de influencia: evitándome según qué conversaciones, y buscando el modo de quedar como excelentes profesionales ante el hospital, cuando pierden buena parte del valioso tiempo del que podrían disponer para iniciar nuevos proyectos.

Tomé aire durante un segundo, para enfatizar la parte final de mi inesperado discurso, y concluí:

—Pero, sobre todo, adoro mi trabajo porque es más que un necesario medio de vida, ya que a través de él puedo ayudar a que la gente viva mejor. Podéis creerme o no. Es algo que dejo a vuestro criterio.

La semana anterior había sido intensa. Después de todo, sentía que me había equivocado: ahora iba a estar más solo que nunca.

Pero una frase, a la que recurría con frecuencia mi profesor de filosofía en bachillerato, me sacó de aquel trance: "Están todos los que son, pero no son todos los que están". Por sí sola bastó para conseguir que una pequeña sonrisa asomara en mi rostro. Sin embargo, mientras seguía caminando enfrascado en mi mundo, quise terminar con aquella ralladura de cabeza con un ejercicio de autoterapia y sinceridad: sé que uno de mis defectos siempre fue querer caer bien a todo el mundo. Por eso, tenía que asumir la dura realidad de una vez por todas: en primer lugar, era imposible conseguir que todo el mundo me viera con buenos ojos por muy bueno que uno fuera, pretendiera o creyera serlo; y en segundo lugar, y por esa misma razón, preocuparse más de lo justo por los demás era una pérdida absoluta de tiempo y de energía vital. También me acordé de otro de mis defectos: ser demasiado perfeccionista y observador.

Había conseguido reconciliarme conmigo mismo, pero estaba harto de tanta reflexión. No me imaginaba que en menos de cinco minutos aún me esperaba otro conflicto peor.

5 – “Némesis” (Álex)

Se me había hecho más tarde que de costumbre para llegar al trabajo por culpa del accidente. Pero, pese a todo, tras ponerme la bata blanca uniformada y mi credencial en la solapa, decidí acercarme a Urgencias para ver si encontraba a Carles, Lluís, Lucio o Sheila. Necesitaba ver rostros amigos. Hacía casi un año que los había conocido allí mismo, en Urgencias, cuando llevé a Hiro tras romperse el brazo jugando al fútbol en el recreo. Se portaron tan bien con él que quise seguir manteniendo el contacto con ellos. Además, ya hacía algún tiempo que pensaba en pasar la página de aquella idea absurda de “introversión programada” que pervivía en mí desde mi adolescencia. En su origen creía que con ella protegería mejor mi intimidad, sin necesidad de incómodas explicaciones. Pero la enfatiqué más todavía durante mi convulsa etapa mediática. Casiopea se esforzó en infundirme que, de vez en cuando, ser un poco extrovertido y agradecido no me haría daño. Así que, una vez que me liberé definitivamente de la presión mediática, me decidí a dar nuevos y diferentes pasos en mi vida. Desde entonces, algunas veces me acercaba a visitarlos a la hora del almuerzo; y otras veces, algunos de ellos lo hacían conmigo. No era fácil que todos coincidiéramos. Esa mañana solo estaban de turno Carles y Lluís. Iba acercándome hacia ellos con una sonrisa, cuando desde la puerta de entrada una voz conocida llamó mi atención:

—¡No, no quiero que me vean, estoy bien de verdad, ya se lo he dicho! Solo me duele un poco el cuello, pero ya se me

pasará con paracetamol. ¡Seguro! ¡Además, trabajo aquí en Bellvitge! Guardias, muchas gracias, ya pueden marcharse.

Y así fue, se marcharon. Y ahí estaba él de nuevo, tras el reciente accidente de tráfico, acercándose hacia mí. Mi tensión arterial debió escalar algunos puntos en pocos segundos, pero intenté serenarme: permanecí inmóvil y pensativo. Por un lado, me quedé expectante, a la espera de su comportamiento. Por otro lado, maldecía la casualidad: después de varios años trabajando en Bellvitge, acababa de descubrir que aquel individuo también trabajaba allí. No era de extrañar, si tenemos en cuenta que antes no me prodigaba demasiado en conversaciones. Además, en un hospital tan grande, una buena parte de los investigadores nos centramos en nuestra actividad y entorno; y algunos, no mantenemos casi contacto con los facultativos, que se ubican bastante alejados de nuestros laboratorios.

Vi como la situación se volvió más tensa cuando algunos sanitarios enseguida quisieron atenderlo, pero él se negó como un niño enrabiado deseoso de marcharse de allí. Tras retenerlo varias veces, apelando a su sentido común tanto de facultativo como de miembro del hospital, finalmente accedió a que lo reconocieran. Yo seguía a escasos metros toda la escena, todavía inmóvil. Para reconocerlo, un médico lo acompañó a un área de atención urgente que estaba varios metros detrás de mí. Al pasar por mi lado, se detuvo ante mí, me echó una mirada congelada y me dijo:

—Tienes suerte, tenías que haber sido tú el que hubiera entrado por esta puerta de urgencias con los pies por delante. Por lo que veo, trabajas aquí, como yo. ¡Te cagas! ¡Y yo sin saberlo! ¡Total, para lo que harás... investigador!

Por segunda vez esa mañana mis impulsos ganaron la partida a mi serenidad. Le cogí de la camisa por el pecho dispuesto a decirle a la cara lo que pensaba de él, pero enseguida nos movimos entre empujones y “no me toques”, hasta que nos separaron. Demasiado tarde, pensé al girar la vista hacia mi lado izquierdo: el Doctor Castells, que continuaba en el cargo de Director de Recursos Humanos del Hospital, había bajado con la palma de su mano izquierda ensangrentada y nos había visto en plena lucha. Su reacción fue inmediata: se mesó rápidamente con su mano derecha su cabello corto y castaño, su rostro cuadrado se tornó más rígido al tensar sus mandíbulas, su frente se le arrugó en forma de “v”, levantó su ceja izquierda, nos lanzó una mirada inquisidora con sus ojos verdes y nos dijo:

—Ustedes dos: ni se les ocurra moverse de aquí. Ahora mismo, en cuanto me curen la herida de mi puñetero abrecartas, me van a acompañar inmediatamente a mi despacho. —Su tono autoritario y expeditivo nos hizo permanecer a ambos allí, de pie y en silencio, sin dirigirnos la mirada durante los escasos minutos que tardaron en atenderle. Luego pasó por nuestro lado con la mano izquierda vendada y nos dijo sin mirarnos:

—¡Síganme! —Y aceleró su paso.

Y así hicimos, tras su potente y compacta silueta de 1'75 metros de altura esculpida a golpe de gimnasio, le perseguimos por varios pasillos hasta que entramos en un ascensor de servicio. El silencio congelado de su interior era toda una agonía para mí.

El ascensor se detuvo por fin y, tras recorrer varios pasillos, llegamos a su despacho. Yo seguía pensativo

maldiciendo mi suerte: dos de dos en una misma mañana... y aún no había acabado todo. Castells tomó asiento cual rey ostentoso lo hace en su trono, mientras nosotros permanecíamos de pie frente a él: firmes. Tras aquella recia mesa de color caoba nos habló con exigencia:

—¿Qué hacen todavía de pie? ¡Siéntense! ¡Quiero saber por qué ha ocurrido!

Un cruce de miradas entre nosotros dos y un silencio absoluto bastó para provocar la rápida iniciativa de Castells.

—Ya me lo contarán cuando ustedes sean capaces de averiguarlo en común.

—¿Qué significa en común? —replicó mi nueva “némesis”.

—Exactamente eso: van a coexistir el resto de la semana. Proseguirán con sus actividades hasta el viernes a las siete de la tarde, pero cada uno estará en su área en compañía del otro.

El asombro, el rechazo y la resignación tuvieron que reflejarse sucesivamente en mi rostro. Y el de mi rival no era muy diferente. Mientras, el monólogo de Castells proseguía.

—Dedicarán la mitad de sus jornadas a la cooperación mutua en cada especialidad, de modo que van a tener tiempo de conocerse. Aunque no mucho, si tienen en cuenta que no solo deben encontrar la respuesta a mi pregunta, sino también realizar una memoria completa de sus actividades e investigaciones conjuntas—.

—Sr. Castells —Conseguí que mi voz no temblara con algo de esfuerzo—, soy... —Me interrumpió con el gesto del alto de un guardia de tráfico en su mano.

—Recuerdo perfectamente quién es usted y cuál es su nombre Sr. Vega. Y el suyo también Sr. Arquímedes Griego de Simancas. Solo hace poco más de un año que está con nosotros y tengo muy buena memoria. Es una maldición, pero la tengo. Además, con ese nombre... a ver quién lo olvida. Espero haberme explicado bien, porque sus puestos de trabajo dependen de ello. Pueden marcharse y empezar. Buenos días.

6 – Pupilas (Minerva)

Nada más terminar de hablar con Max, me senté frente a mi portátil, en la terraza del despacho de mi ático de la calle Colón, y empecé a revisar el vídeo una y otra vez. Las ropas de Arquímedes parecían muy convencionales. Vestía vaqueros y camiseta. Además del tatuaje, no presentaba ninguna marca de nacimiento, cicatriz, complemento...nada fuera de lo común, al menos a simple vista.

Cada vez estaba más hambrienta: desde las siete de la mañana solo había tomado un café con tres galletas de cereales. Aún no era la hora de comer, pero me había saltado mi almuerzo de las once entre tanta actividad. Me levanté para tomar un sándwich vegetal y un zumo de arándanos, y conecté el televisor mientras los preparaba. Después de navegar unos segundos por el anodino repertorio digital del televisor, puse el canal 24 horas, y regresé a la isla de la cocina-salón.

Noticias de política nacional precedían a las internacionales. Corrupción, oposición, crisis económica, terrorismo, eran algo desgraciadamente muy frecuente en los informativos. De repente, la crónica de sucesos llamó mi atención: "Aparatoso accidente de tráfico en pleno centro de Barcelona. Un coche ha volcado en Gracia, pero pese a los notables daños materiales del único vehículo implicado, no hay que lamentar daños personales. Ni del conductor, único pasajero del turismo, ni de ningún peatón. Las

imágenes que nuestros técnicos han obtenido en el lugar no dejan lugar a dudas de la espectacularidad del impacto...”.

Mis pupilas se dilataron para dejar paso a la luz que tanto había perseguido durante toda la mañana. Me parecía imposible: Arquímedes estaba en medio de aquel epílogo de caos y tensión contenida. Aunque mi perseguido conservaba su moderada complexión atlética, su pelo ahora lucía muy corto, casi militar, y vestía unos pantalones de traje marrón claro y una camisa blanca de manga larga remangada a medio antebrazo. También reconocí el tatuaje de Arquímedes en su antebrazo izquierdo remangado.

Tomé la bandeja y me fui hacia mi portátil. Entre bocado y bocado seguía repasando aquellos fotogramas del metro. Indudablemente era el mismo individuo.

Estaba tan sedienta y emocionada que un solo trago me bastó para acabar todo el zumo, y enseguida llamé a Max desde el móvil.

—Siento decirte que todavía no tengo nada concluyente que pueda servir en tu investigación —me dijo Max nada más responder la llamada—. Pero aun así tengo una sorpresa para ti: estoy en Valencia.

—Pues tengo que verte esta misma tarde, porque me voy hoy mismo a Barcelona. Es muy importante. ¿Dónde te alojas?

—En un hotel frente a la Ciudad de las Artes y las Ciencias. Aqua Cuatro o algo así.

—Perfecto, nos vemos a las cuatro en la cafetería exterior que hay junto al Museo Príncipe Felipe, frente a L' Hemisféric. ¿Te situas?

—Más o menos. Y si no, utilizaré el navegador de mi móvil.

—Nos vemos luego, un beso.

Dejé el móvil bajando los archivos que necesitaba para mi reunión con Max. Introduje un mp3 en el equipo de música y "Strawberry swing" me inundó de magia mientras entraba a mi dormitorio. Me desnudé con rapidez y entré a la amplia ducha del baño anexo, buscando refrescarme de los treinta grados que había ese mediodía en la ciudad.

7 – Póquer (Álex)

Nada más salir del despacho de Castells nos miramos silenciosa e intensamente. Caminamos en silencio hasta el ascensor. Una vez en él, a salvo de los oídos de Castells, Arquímedes rompió el hielo en su tono habitual:

—Todo esto es por tu culpa, estúpido. Que te quede claro. Mi puesto de trabajo está en manos de Castells hasta el viernes por la tarde. Así que, sígueme hasta mi consulta. A la tarde iremos a tu laboratorio prodigioso.

Mi réplica fue inmediata:

—No te creas que no te rebato tu estúpida idea de mi culpabilidad porque me das miedo. Es que no me merece la pena. Eso es lo que me das: pena. Ya oíste a Castells. Más nos vale cooperar... y pronto. Asúmelo, psicólogo.

Nuestros semblantes siguieron bajo la austeridad de expresiones cordiales. Ni éramos compañeros, ni mucho menos queríamos serlo después de lo que habíamos vivido.

Tras un recorrido por varios pasillos de consultas bastante atestadas de gente y otro ascensor muy silencioso, llegamos a la consulta de Arquímedes. No había nadie esperando a la vista y entramos en su interior. Aunque seguía nublado, la luz que entraba por sus dos ventanas, y su mobiliario bastante personalizado, la convertían en un lugar más amplio y cálido de lo que esperaba. Nada más entrar cerró la puerta y me hizo un gesto para que tomara asiento a su

derecha, en uno de los dos cómodos sillones ergonómicos que había frente a su mesa y que deduje que se destinaban a pacientes y acompañantes. También estaba el clásico diván, separado por una mesilla-revistero del otro sillón. La iluminación artificial estaba bien distribuida, entre varios apliques en el techo y dos lámparas con forma de pluma en la zona de los pacientes.

—No me voy andar con rodeos: quiero que permanezcas en silencio durante cada consulta. Si tienes alguna duda o consulta que hacerme espera a que acabe con el paciente. Te presentaré como un auxiliar de prácticas y será suficiente, al menos para mí. ¡Ah!, las consultas duran veinticinco minutos, pero haremos pausas de cinco minutos entre cada una, menos a medio día, que será de media hora para el almuerzo. ¿De acuerdo?

—Cristalino —le dije decidido—, empieza cuando quieras.

Pocos minutos después, a las diez y media, Arquímedes se dirigió a la puerta, la abrió y con un listado en su mano llamó al primer paciente. Era un varón de unos treinta y cinco años aproximadamente. Me miró nada más entrar y antes de que pudiera preguntarle a Arquímedes, éste salió al paso:

—No se preocupe, es un becario de prácticas, pero esta cita será absolutamente confidencial, créame. Aunque si lo desea puede venir otro día.

—Me quedo. No se preocupe doctor, lo entiendo. Todos somos nuevos en algo alguna vez en la vida, ¿no?

—Así es, siempre hay algo inesperado que hace la vida más... divertida —Arquímedes dirigió su mirada hacia mí—, usted dirá, tome asiento.

—Gracias, verá... le parecerá ridículo, quizás si...

—Nada es ridículo en mi consulta ni para mí ni para mi ayudante, ¿verdad, Sr. Vega?

Asentí con la cabeza, y repliqué:

—Por supuesto que no, pero mi apellido es Vega.

Una diminuta mueca se escapó de los labios de Arquímedes. Durante un segundo quise pensar que fue un amago de sonrisa: ¿Quizá empezábamos a comprender que éramos dos trenes que debían cooperar para circular en una misma vía y sentido? Tardé otro segundo en corregir mi pensamiento: “¡Naaa! Si estás desarmado en medio de La Sabana, con un felino hambriento que tiene su mirada clavada en ti... ¡No seas un optimista!”. Mientras divagaba, Arquímedes se dirigía presto hacia su paciente.

—Dígame, Jesús, dígame con total confianza. Estamos para ayudarle, ¿en qué le puedo ayudar?

—Tengo un complejo: creo que mi pene es demasiado pequeño —Jesús respiró aliviado cuando lo soltó. Mi sorpresa era lógica, pero más todavía ante la espléndida reacción de Arquímedes.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo estás seguro?

—Bueno, realmente no lo es cuando... ya me entiende ¿no?

—¿Se refiere al acto sexual?

—Sí.

—¿Entonces?

—No sé por qué, pero en ocasiones, y no siempre, en vestuarios de gimnasios, cuando hace frío, cuando hago mucho ejercicio físico, queda bastante reducido y me da cierto reparo que me vean, sobre todo cuando hay gente que sin pudor hace gala de sus miembros alegremente.

—Sí lo sabes. No debes valorar en esos términos tu cuerpo porque te cohibe más todavía y potencia el efecto natural que la actividad física y el frío tienen sobre él. Además, estás muy equivocado si crees que solo a ti te ocurre. Les ocurre a muchos. Y si a otros no, pues bien: sus penes sirven además de sus funciones naturales, para ser retratados en calendarios, en revistas porno, para alimentar sus egos presumiendo de ellos, o simplemente para no prestarles la mayor importancia hasta la hora necesaria. Como bien dices, tu pene es “tímido” según en qué momentos, ¿verdad? Pues no le des más importancia, incluso aunque a veces te acuerdes de ello, porque no hay por qué. Sigue disfrutando de tu vida como siempre.

—Eso mismo hago, y también me lo dice mi mujer. Y es muy sincera, confiaría a ella mi vida, ¿sabe?

—Eres muy afortunado. Jesús, has dado en el centro de la diana, y ya no existe el problema. Que pases un feliz día, y mejor noche, ¿de acuerdo?

Arquímedes se levantó y le extendió la mano con total sinceridad, despidiéndose cordialmente de Jesús. Cuando se

marchó de la consulta no me quise contener. No me importaba alabar una virtud, aunque fuera suya. También era una oportunidad para intentar sentar las bases de una pequeña tregua, aunque fuera fugaz. Siempre me sentí más cómodo con la paz que con la guerra...

—Eres muy bueno, aunque me imagino que ya lo sabes
—afirmé con rotundidad.

Se sorprendió por mi comentario durante un breve instante, aunque su ego aún prevalecía lo suficiente para disimularlo todavía en menos tiempo. Su respuesta no se hizo esperar:

—No es para tanto. No todos los pacientes cuentan con apoyos externos tan valiosos como los de Jesús. Ni con una fortaleza y una versatilidad tan patente tampoco. Otros requieren de un mayor esfuerzo, a veces a través de la prolongación del número de sesiones, a veces alternando diferentes técnicas psicoterapéuticas.

Arquímedes enseguida dio paso a la siguiente paciente. Desde que atravesó la puerta de la consulta hasta que tomó asiento, Arquímedes se recreó admirándola detenidamente de arriba abajo. Me miró y me hizo un gesto fugaz con sus ojos abriéndolos como platos. ¿Su primera complicidad conmigo?, pensé. Pero mi rostro no lo acompañó y me mostré bastante indiferente ante tal monumento.

Ciertamente, a Arquímedes no le faltaba razón: menuda dama. De portada de revista de moda como mínimo. Pero la belleza siempre será un concepto muy difícil de canonizar en términos absolutos y objetivos. Nunca negaré que pueda existir alguna mujer más bella que mi Casiopea. Pero ella era insuperable para mí porque, además de ser tremendamente

atractiva y sexy, había conquistado mi corazón con su espíritu de lucha y cariño.

Como aún no había asumido la semana que me esperaba al lado de Arquímedes, cualquier excusa era buena para evadirme. Por eso, durante unos instantes, me olvidé de dónde estaba y seguí recordando a Casiopea durante la noche anterior. Había empezado a tener una erección, pero las palabras de Arquímedes rompieron el hechizo:

—Sr. Vega, ¿está usted con nosotros? Atienda y tome alguna nota si lo necesita. Discúlpelo, señorita. Con los nuevos ya se sabe... Dígame qué necesita, por favor.

No quise replicarle. Pensé que, aunque de momento solo me utilizara como saco de boxeo emocional y proyectara en mí tanto su desagrado como la culpabilidad de la reciente realidad, solo era un paso más en nuestra relación: lógico, pero también positivo. La agresividad verbal y física había remitido por el momento. Era cuestión de ser muy paciente y constante. Una vez que estábamos presos del correctivo del Director de Recursos Humanos Castells, ¿qué podía perder por intentarlo? Actuar en sentido contrario conduciría a un conflicto muy desagradable, quizás peor todavía del vivido; y también a una mayor pérdida de tiempo.

—Vengo porque una amiga mía me ha dicho que eres muy bueno... pero en privado —Sonrió y dirigió su mirada hacia mí en ese mismo instante.

—No la entiendo, señorita. ¿A qué se refiere? —Arquímedes mantuvo una expresión facial seria, de desconocimiento absoluto.

—¡Pues a tus terapias innovadoras para la autoestima! Así me dijo Clara que las llamabais.

Durante un segundo el rostro de Arquímedes otorgó veracidad a la paciente... y todo cobró sentido para mí. Por lo que acababa de escuchar, de vez en cuando, era un poco golfo. Pero rápidamente salió al paso.

—Tendrá que ser en otra ocasión. Lo lamento, pero es una terapia exclusiva aún en estudio y desarrollo... secreto profesional, ya sabe. —Sus sonrisas se hicieron más evidentes—. Y esta semana me es imposible: estoy con un novato que no está preparado todavía para experimentar demasiado.

—Bueno, es una lástima —dijo “la paciente”—, aquí tienes mi número, llámame nada más tengas oportunidad, por favor, la necesito. —El tono de su voz era cada vez más sensual. Yo me sentía incómodo espectador de una ceremonia de cortejo... y algo más.

—Así lo haré. Disculpa, ¿cómo has dicho que te llamabas?

—Susan.

—Vale, te llamaré Susan, no lo dudes. Hasta pronto. Y no olvides darle recuerdos a Clara. Hace tiempo que no la veo, espero que esté mejor —dijo con voz segura mientras la acompañaba hacia la puerta apresurándose.

Era obvio que Arquímedes quería concluir aquel episodio sin descubrir más argumentos, pero aquella partida de póquer acaba de comenzar para mí.

8 – Gladiadores (Álex)

Arquímedes cerró la puerta de la consulta precipitadamente. Encima de su mesa estaba el mando a distancia de su cadena de alta fidelidad. No dudé en relajar un poco el ambiente. Me sorprendió que empezara a sonar “Hysteria” de Muse cuando pulsé el play, pero Arquímedes me reprendió enseguida.

—¿¡Qué coño haces!?! ¡Apágalo! —La música seguía sonando.

—¿Por qué? —No lo detuve. Solo bajé un poco su volumen: lo mínimo para poder conversar. Miré a la pantalla del equipo mientras lo hacía. Habían transcurrido veinte segundos tras el sonido de la apertura inicial. La guitarra eléctrica comenzó su discurso a la vez que yo:

—Me encanta. Y a ti también por lo que parece. ¿Por qué si no tendrías su CD? Relájate, no voy a decir nada a nadie de tus “terapias innovadoras” —le dije mientras me marcaba una guitarra aérea desde el sillón.

Sonreí, consciente de que la partida había tomado un rumbo inesperado para Arquímedes. Yo estaba empezando a disfrutar de ella como nunca me lo hubiera imaginado al principio de la mañana.

—No es mío, era de Clara; se lo dejó olvidado la última vez que estuvo por aquí. Era mi novia, ¿sabes? Pero como

habrás comprobado está algo despechada, y me ha enviado a una amiga para dejarme en evidencia.

—Curiosa forma de vengarse —dije con una sonrisa que no me cabía en el rostro—. Quizás si hubieras dicho que era para burlarse de ti después de un calentón enfriado bruscamente, todavía hubiera dudado. ¿Pero para dejarte en evidencia? No será de mí. Mi presencia hoy aquí ha sido absolutamente casual, ¿recuerdas?

Sin respuesta, Arquímedes me miró allí sentado con el control de la situación, cuando el auge del poderoso estribillo se apoderó del momento, y decidí darle más volumen a este épico momento. Arquímedes lo interrumpió bruscamente cuando decidió apagar manualmente el aparato. Repliqué sin dudarle:

—Menos mal que me dio tiempo a escucharlo casi completo. Qué sacrilegio hubiera sido no poder hacerlo. Son muy buenos, ¿verdad?

—Son los putos amos —dijo todavía con semblante serio—. Estuve en el Palau Sant Jordi en noviembre del año pasado.

—Al menos, tenemos algo en común. No lo parecía.

—¿¡Crees que siempre he sido así!? ¿¡Eh!? ¡Pues te equivocas, yo tuve familia e hijos!

Aquel arrebató cargado de sinceridad consiguió toda mi atención. Arquímedes siguió con su historia:

—Un conductor alcoholizado se saltó un semáforo en la Diagonal a más de cien y nos atropelló. Después hizo marcha

atrás, me pisó la cabeza y luego se dio a la fuga. Ya han pasado dos años y dos meses. Por favor... no me digas que lo sientes.

Arquímedes era en esos momentos todo dolor y rabia: ambas emergían por su mirada y tensaban todo su cuerpo. Siguió hablándome antes de que pudiera decirle nada:

—Cuando desperté en el hospital tenía el rostro desfigurado. Mi corazón había dejado de bombear sangre: bombeaba odio. Los cirujanos me dijeron que no podían recomponer mi rostro como antes, aunque me darían un nuevo rostro... Uno diferente, pero que quedaría perfecto. ¿Y sabes qué? A mí me daba igual. Al principio quería morirme para reunirme con mi familia, pero después... después quería que aquel delincuente muriera... ¡Quería matarlo!

—¿Lo atraparon al menos? —fueron las únicas palabras que encontré para romper ese trágico silencio.

—Sí, ¿pero qué más da!? Seguirá en su hotel de cemento y barrotes con pensión completa, creyendo que mi familia también podía haber mirado antes de cruzar. ¡Eso dijo en el juicio! ¡Ni siquiera reconoció su exceso de velocidad ni que iba ebrio para conducir! ¡Decía que todos lo hacemos a diario! ¡Joder, dijo que hizo marcha atrás para ayudarnos, pero que me moví...! ¡Que cuando me pisó se asustó más y que se marchó! ¡Que lo sentía! ¡Que no era él!

Hizo una breve pausa y se sentó en el sillón frente a mí, cada vez más abatido.

—Homicidio involuntario y conducción temeraria —dijo con la mirada perdida—. Saldrá dentro de unos pocos años como si nada. ¿Te lo puedes creer?

—No hay justicia en este país —dije categóricamente.

—¿Justicia? ¿Quién la necesita? ¿Con estas leyes tan arcaicas que todo el mundo cree seguras? ¿Para qué cambiarlas?

Yo observaba a Arquímedes, muy consciente de que aún no había sacado todo lo que encerraba en lo más profundo de su ser.

—La gente no piensa más que en ir a su puta bola, creen que nunca les pasará nada. Que lo único que importa es el dinero para disfrutar más que nadie, y tener un rostro y un cuerpo escultural. Todo para obtener reconocimiento social, todo para follar como si el mundo fuera a acabarse mañana. ¿Dónde está el amor? ¿Dónde está el cariño? ¿Dónde están las pequeñas cosas que nos hacen felices día a día, y ante las que permanecemos ciegos?

No me hacía falta ser psicólogo para darme cuenta de que algunas de sus conductas recientes evidenciaban cierta divergencia respecto a algunos de los contenidos de su discurso. A raíz de su desgracia, su potencial oscuridad emprendía batallas a diario para ganarle la guerra a la luz de su ser; pero, sobre todo, a raíz de la frustración que vivió después, tras el fallo judicial.

—Es un milagro que tu fortaleza aún no haya cedido definitivamente, conduciéndote a un punto sin retorno —dije mirándole fijamente a sus ojos ahora inundados de lágrimas contenidas.

—¿Qué quieres decir?

—Que todos los días, desde esa trágica fecha, libras una lucha interna contra ti mismo que sabes que nunca ganarás. No quieres ser como realmente eres. No quieres sufrir. Nunca más. Pero te haces daño siendo otro que realmente no sientes.

—¡Tú no sabes quién soy ni quién quiero ser! ¿Acaso tener relaciones sexuales esporádicas sin una relación amorosa profunda es pecado? —dijo nuevamente con rabia.

—No hay nada de pecado en ello, si es lo que realmente queréis las partes implicadas. Pero conducir imprudentemente podría acabar en algo peor que un atentado contra ti, ¿verdad?

—No superaba los sesenta. ¡Y cruzaste sin mirar y en rojo! —le asomó una sonrisa involuntaria fruto de la tensión acumulada.

—Tienes razón, yo también ando un poco tenso estos últimos días con fantasmas del pasado. Pero ya lo superé hace años y espero que así siga...

—¿Qué has querido decir?

—Es una larga historia, si te portas bien conmigo quizás te la cuente en otro momento. Pero ahora me importas tú. ¿Cómo se llamaban tus hijos?

—Luna y Ramsés... Luna tenía dos años y Ramsés uno. Mi mujer se llamaba Laura... ¡Eran lo que más quería en este mundo y aquel malnacido se los llevó!

—Los tres hubieran querido que fueras feliz. Como tú quisieras ser, pero sin perderte a ti mismo.

—Estoy cansado de tu terapia absolutamente predecible y anodina —dijo con voz serena, entrando de nuevo en su

armadura de caballero fatal. Sin embargo, su rostro ya no reflejaba esa tensión hacia mí. Esa que había hecho de él un insensible vengador esa mañana. Se dirigió a la puerta de la consulta, la abrió y tras una rápida mirada sus palabras volvieron a sonar algo distantes.

—No hay nadie. Es casi la hora del almuerzo. Vámonos.

9 – Coliseum (Álex)

Eran las once y media de aquella inesperada mañana de martes. El día había aclarado bastante. Las primeras nubes grises de la mañana habían dejado paso a otras más altas y blancas, entre las que asomaba el sol cada vez con más fuerza. El cielo estaba cada vez menos poblado de ellas.

Me dejé guiar por Arquímedes, dando un silencioso paseo de unos diez minutos, hasta que llegamos al Coliseum, una acogedora cafetería que estaba en la calle de la Ermita de Bellvitge. Después de todo, no quedaba demasiado lejana, pensé.

Una vez dentro de la cafetería, nos sentamos en una mesa próxima a la ventana. En una televisión cercana a nuestra mesa ofrecían una reposición de “Agarra a ese Fantasma”, de los geniales Abbott y Costello. Aun con el audio silenciado, unas pocas imágenes consiguieron arrancarme una sonrisa con tanta facilidad como lo hicieron en mi infancia.

No habíamos cruzado aún ni una palabra desde la consulta. Allí estábamos, frente a dos tostadas con aceite y queso, un solo y un capuchino, cuando la volví a ver a través del cristal. La chica con la que había empezado todo estaba mirándonos fijamente desde un ángulo esquinado, apoyada en un coche aparcado. Me parecía increíble, pero esa vez no quería tropezar con la misma piedra.

—No hagas ningún gesto brusco ¿de acuerdo? —le dije a Arquímedes, que me observaba como quien mira a alguien que

no está del todo cuerdo—. Fíjate en la chica que está apoyada en el coche blanco, pero intenta que no se percate demasiado.

—Parece guapa... aunque con los veinte que tendrá es muy joven para nosotros. Bueno... para ti sí, porque yo tengo solo veintiocho. Se tapa demasiado el rostro con esa gorra negra. Qué calor da verla con manga larga ya. Aunque sea fina, ¡aún estamos en septiembre!

—¡No, no es eso! ¡Es la chica que esta mañana provocó nuestro accidente!

—¿Qué estás diciendo? El accidente lo provocaste tú, ¡no vuelvas a sacar el tema!

—¡No, idiota! —No pude contenerme—. Discúlpame Arquímedes, lo siento —repliqué enseguida—. Esta chica me viene persiguiendo desde ayer por la noche que yo sepa; y esta mañana, al verla otra vez siguiéndome quise saber por qué. Por eso me lancé esta mañana tras ella. Pero calculé mal y provoqué el accidente.

—Tío, tú estás mal de la cabeza. Necesitas que te vea en mi consulta.

—En serio, Arquímedes. Mírala, ¿no es extraño que vuelva a estar ahí, mirándome, sin que yo la conozca de nada? Ya van tres veces en menos de veinticuatro horas.

—De acuerdo, vamos a averiguar qué es lo que ocurre de una vez por todas —Arquímedes se levantó de su silla.

—¿Qué vas a hacer? ¡Espera, no sabes...!

Antes de que pudiera retenerlo ya había salido a su encuentro. Para mi sorpresa, la chica no se fue; e incluso,

hablaron unos segundos tras los que se marchó finalmente, aunque no sin mirarme por última vez.

Arquímedes volvió a entrar con semblante omnipotente y me dijo que no me preocupase, que todo estaba solucionado.

—¿Qué le has dicho?

—Le he preguntado por qué te seguía desde ayer.

—¿Y...?

—Me ha dicho que le recuerdas mucho a su padre. Su padre murió hace mucho tiempo. Le dije que tú ni habías resucitado ni eras inmortal, pero que si quería comprobarlo por sí misma que entrara y lo hablara contigo. Me dijo que no quería que pensaras que es una chalada y se marchó. Por cierto, ¡vaya ojazos verdes que tiene!... ¡Ah! Y se llama Ariadna.

Mi rostro enrojeció y se tensó de la indignación. Golpeé con fuerza mis puños contra la mesa, aunque no era el sitio donde más deseaba dirigirlos, y exclamé mientras los alzaba a media altura:

—¡Maldito gilipollas! ¿Qué has hecho? ¡Quizás era mi última oportunidad! ¡Quizás era mi hija!

Arquímedes ni se inmutó cuando me respondió:

—¿Qué es eso de que quizás era tu hija? O te explicas o seguiré pensando que el único pirado que hay aquí eres tú. ¡Vaya tipo que me ha caído encima! ¡Maldito Castells!

—¡Te dije que esperaras antes de ir a su encuentro, pero tú ni caso! ¡Si me hubieras dejado explicártelo antes de cagarla y ahuyentarla! ¡Quién sabe si para siempre!

—Sigues sin explicarme por qué crees que puede ser tu hija —Arquímedes seguía impasible ante mi nerviosismo.

Yo seguí sin contener mi enfado y le respondí:

—¿Sabes que te digo? ¡Que te den! ¡Tuviste tu oportunidad de escuchar mi historia! ¡Vámonos al trabajo!

10 – Política (Álex)

Arquímedes y yo pasamos el resto de la mañana rodeados de una montaña de papeleo atrasado que se me hizo eterna. Más todavía, por nuestro mínimo e imprescindible diálogo: el justo para que Arquímedes me adoctrinara en criterios de archivo.

Así, poco antes de las dos de la tarde, habíamos clasificado casi toda la documentación anual de sus pacientes. Fue entonces cuando no me contuve más:

—Arquímedes, ¿es que no sabes que existen los ordenadores y las copias de seguridad?

Arquímedes, sin levantar la mirada de su tarea, fue directo en su respuesta.

—Política.

—¿Cómo dices?

—Política del Director de Recursos Humanos Castells. Quiere un informe semestral detallado, en formato papel, en el que se adjunten todos los diagnósticos y tratamientos que se realizan para cada paciente.

—Qué atraso, ¿no? —dije en un tono absolutamente despectivo.

—Él los colecciona en su despacho. Es su concepto de seguridad.

—Espero que se los lea. —Fui sarcástico con mi entonación. —Por cierto, hoy es catorce de septiembre, ¿vas con algo de retraso, ¿no?

—Por eso los dioses han respondido a mis plegarias y me han enviado a un ayudante tan estupendo. Yo no quería que fueras tú. Hubiera preferido compañía femenina, pero...

—No habríais hecho más que revolcaros sobre ellos.

Arquímedes se tomó unos segundos para responderme. Durante ellos, sostuvimos nuestras miradas congeladas: como si de un legendario duelo de pistoleros se tratara. Finalmente, Arquímedes se pronunció en un tono más cercano al habitual hasta ese momento:

—Muy ingenioso, Álex. Oye, yo ya me estoy hartando del rollito “Hundir la flota”. Ya sabes: tú haces siempre “agua” conmigo y yo siempre “tocado” contigo. Es muy aburrido. Seguramente volveremos a tenérselas dentro de poco. Por eso mismo, ¿por qué no cambiamos de acto y avanzamos en nuestra forzosa obra de teatro?

—¿Con esas frases tan “marca de la casa” intentas firmar una tregua? —le repliqué y proseguí enseguida:

—No esperes que olvide tan fácilmente que esta mañana has arruinado la oportunidad de resolver una incógnita presente en mi vida durante tantos años.

—¿Qué incógnita? Ya te vale de misterios fatalistas conmigo.

—¿De verdad quieres saberlo? Venga, psicólogo, a ver cómo sales de ésta: tuve un episodio de amnesia, hace ya ocho años, del que no me he recuperado totalmente.

—No eres la única persona del mundo que ha sufrido amnesia. ¿Has probado algún tratamiento durante este tiempo o solo te autocompadeces?

—¡Ya te vale, Arquímedes! ¿Me oyes? ¡Trátame con respeto y no me interrumpas hasta que acabe!

La tensión de mi voz y de mi rostro se hizo tan acusada que conseguí sorprender a Arquímedes y hacerle enmudecer. Y continué explicándome:

—Si descuento mi intento de suicidio, por supuesto que luché y agoté todos los medios que se pusieron a tiro sin obtener recompensa. Así que... me costó, pero al final asumí que no sabría por qué me hallaron junto a un charco de sangre en el Parque Güell; y que ni la investigación de la policía, ni el juicio, ni los medios de comunicación resolverían qué le ocurrió a mi mujer y a mi hija desaparecidas.

—¿Y cómo iba a saber yo todo ese dramón, Álex?

—¿Escuchando cuando se te pide que lo hagas, Arquímedes? ¡Te dije que esperaras y me escucharas antes de salir a su encuentro!

—Tienes razón... Pero no hubiera cambiado que la chica tuviera prisa en ir a clase y que mañana, a la misma hora, vaya a volver a la cafetería para hablar contigo.

—¿Qué? —Me parecía tan increíble el giro que Arquímedes había dado al asunto como la razón de su proceder. Su respuesta no se demoró:

—Además de que le recordaras a su padre, me dijo algo que sí llamó mi atención: su padre se llamaba Alejandro Vega. Te suena, ¿verdad? Sus últimos recuerdos de él se remontan a

hace ocho años, antes de ingresar en un orfanato. ¿Casualidades? Aunque sean posibles, no creo demasiado en ellas. Además, también observé más detalles en su conducta que llamaron mi atención. No se pierde nada por escucharla. Quizás la pueda ayudar.

—¡Maldito seas, Arquímedes! ¡Me hiciste creer que se había marchado sin más! ¿Por qué?

—Aunque sea psicólogo, conozca cómo funcionan las emociones, y aplique los conceptos profesionalmente en mis pacientes, hace casi un año que no pongo en práctica la inteligencia emocional en mí: me he limitado a ser más irreflexivo en mi vida, más impetuoso, más humano... en su peor acepción. Te parecerá patético, pero estoy cansado de esta vida de soledad inmerecida. A lo largo de hoy te he hecho responsable de mucho más del accidente que tuvimos. También te he culpado de mí frustración perpetua. ¡Qué demonios! ¡Te he odiado durante algunos instantes! Así que... Decidí bromear un poco con tu paranoia.

—¡Psicólogo de los coj...! —Pero Arquímedes no me dejó acabar la frase y siguió:

—Por suerte para ti, como bien me has dicho esta mañana, la parte de la oscuridad que lucha por imponerse a diario al completo en mí aún no me ha vencido. Como tú, vi algo extraordinario en la conducta de la chica. Pero yo lo vi a nivel profesional: manos ligeramente temblorosas, ojos huidizos, rostro que palidecía mientras hablaba de su padre, voz temblorosa cuando mencionaba la palabra “orfanato”, no mencionó a su madre en ningún momento... Ah, también me ha dicho que estudia Bellas Artes y que está en primero. En fin, pensé que quizás era una oportunidad para ayudarla. En la

misma cafetería, tras tomarte el pelo, te iba a decir que mañana la verías, pero tu reacción hizo que regresara mi lado oscuro.

Menudo discurso, inusual hasta ese instante en él. Pese a mi rabia contenida, aquel ejercicio de sinceridad y los deseos de paz que impregnaban mi carácter desde lo más profundo de mí ser, me desarmaron. Por fin un rayo de sol se asomaba al final de aquel temporal. Por eso, decidí responderle en consonancia:

—Arquímedes, no te voy a salvar de ti mismo: ni de tus emociones ni de tus frustraciones. Tú tampoco tienes por qué salvarme a mí de mis problemas. Solo te voy a acompañar durante lo que queda de semana porque así lo ha decidido Castells. Ni sé por qué lo ha querido así ni me importa. ¿Qué más da? Simplemente hagamos que merezca la pena: tomémoslo como una experiencia más, como una oportunidad de conocer algo distinto. Todavía está en nuestras manos conseguir que esto no sea un infierno.

—Entonces, ¿estás preparado para el viaje, Álex? Ahora ya sabes cómo soy. Luego no digas que no te avisé.

—¿Sabes qué, Arquímedes? Que la tregua será a mi manera también: a esta jornada le falta música... Dicen que amansa a las fieras—.

—Adelante, Álex. Ya sabes cómo funciona el equipo ¿verdad? —Su mano hizo un gesto que invitaba a ello.

—Sorpréndeme tú —le reté.

Arquímedes se levantó raudó y decidido. Insertó un dispositivo mp3 y enseguida reconocí el inicio de la canción “Blackout” de Linkin Park.

—Definitivamente, si hay algo de afinidad entre nosotros es que compartimos algunos gustos musicales, Arquímedes.

—¿Será el principio de una “herbosa amistad”, noble escudero Álex? —su réplica no se hizo esperar.

—Será lo que vuestra merced aporte a esta nuestra relación, amo. —La mía tampoco.

Nuestras miradas se cruzaron entre ambos de nuevo, pero ahora acompañadas de una sonrisa contenida. A Arquímedes le tembló el mentón de resistirse a reír y solo eso bastó para que el mío le acompañara. Él fue quien lanzó la primera carcajada, pero yo no tardé ni un segundo en seguirle. Nuestros ojos se achataron y nuestras carcajadas se apoderaron del aire que respirábamos. No me lo podía creer todavía. Seguro que algo malo vendría detrás, pensé mientras reía. Mi escepticismo todavía era mi escudo, y con un tipo como Arquímedes no sabía hasta cuando lo iba a necesitar.

Mientras tanto, ajena a todo ello, la música seguía su poderoso discurso: la poderosa electrónica y la voz de Chester se fusionaban en un crescendo, que presagiaba el inminente y energético subidón.

Media hora después de un buen repertorio de rock, aderezado con algunas salpicaduras de pop selecto, e incluso soul y rithm and blues elegantes, ya habíamos concluido la tarea de clasificación y archivo.

—Solo te queda el informe, ánimo —dije con un suspiro.

—Nos queda —respondió—. Mañana es miércoles. ¿Recuerdas a Castells?

Mi gesto negativo con mi índice derecho fue muy expresivo, pero mis palabras más aún:

—Como máximo lo leeré y te aportaré alguna sugerencia. El escriba eres tú, y la materia gris también es tuya.

—Trato hecho. Pero eso será mañana después del almuerzo. Ahora nos vamos a comer.

Antes de que pudiera acabar de asentir sonó la puerta de la consulta. Arquímedes autorizó su apertura con el clásico “adelante”, y apareció el Director de Recursos Humanos Castells.

—Buenas tardes, caballeros. ¿Qué tal ha ido la mañana?

Creí que nuestra primera mirada de complicidad serviría para decir casi al unísono: “muy bien”. Pero solo lo dije yo. Arquímedes replicó enseguida:

—¡Qué optimista! Tampoco crea que es para tanto, Castells.

Castells tampoco tardó en respondernos:

—Pues continúen así al menos. Aún queda mucho partido y ya tienen una tarjeta amarilla cada uno. Y no olviden que el partido no acaba hasta que el árbitro da el pitido final.

—Castells, ¿es usted del Madrid o del Barça? —replicó Arquímedes.

—Menos guasa, Arquímedes. Guarde sus energías para esta tarde en el laboratorio.

Su tono seguía distante, aunque por su expresión facial, sospecho que a Castells le hubiera gustado responder a la última cuestión de Arquímedes. Sin embargo, sus últimas palabras antes de marcharse fueron reproches:

—Por cierto, esto no es una discoteca. Bajen el volumen del reproductor. Buenas tardes. —Y cerró la puerta.

Nuestros diálogos eran cada vez más fluidos, y se notaba. Nada más marchar Castells, Arquímedes lanzó la primera piedra mientras recogíamos nuestras cosas para marcharnos a comer.

—No vendas la piel del Arquímedes antes de cazarla, Álex.

—¿Qué quieres decirme con esa parida?

—Que él cree que nos ha castigado. Dejémosle que lo siga pensando y démosle solo al final el premio que nos exige. Mientras... solo migajas de pan... poco a poco.

—Ya... Tienes razón en la estrategia.

—Por supuesto. Por cierto, ¡lo tienes en el bote Álex! ¿Viste como te miró antes de despedirse?

—Pues anda que tú: que si Madrid o Barça... Cómo apuras en las curvas.

—Para eso tengo un apellido tan carismático. ¿Conoces la historia de La Batalla de Simancas?

—Algo recuerdo de cuando iba al instituto. Por cierto, curioso lo de tu nombre y apellidos.

—No seas como todos y no me preguntes de dónde proceden.

—¿De dónde proceden?

—De mi antebrazo, ¿los ves? —me dijo remangándose la manga de su camisa.

—Vaya... Ya puestos a escribir podías haberte tatuado también “En un lugar de la mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...”. ¡Seguro que te hacían precio! —le repliqué.

—Te cazaré en la próxima curva, Álex. No lo dudes. — Fue su contrarréplica.

Y cerramos la puerta de su consulta... hasta el día siguiente.

11 – Conjura (Minerva)

Tomé la costumbre de ser puntual cuando me hice periodista, pero Max se adelantaba casi siempre. Esta vez no fue la excepción. Estaba sentado en aquella cafetería blanca y portátil, rodeada de algunos de los prodigios futuristas de la Ciudad de las Artes y las Ciencias: detrás de él estaba El Hemisféric y a su izquierda El Museo Príncipe Felipe. Mientras me acercaba cargada de ilusiones me observaba atentamente y me sonreía mesándose su barba arreglada. Se quitó su sombrero a modo de cortesía, dejando que la suave brisa meciera su cabello moreno y lacio, y permaneció sentado. Me incliné sin dudar para darle un efusivo abrazo y dos besos en sus mejillas, y él enseguida se pronunció:

—¡Hola, Minerva! ¡Vaya silueta que luces bajo este cálido sol de septiembre! ¡Y con ese pelo tan azabache y tan liso!

—¡Adulador! ¡Hola “Maxiojazos”! ¿Te siguen llamando por el apodo que te puse?

—Hasta mis hijos de vez en cuando me llaman así—, concluyó riéndose.

—Es que es verdad. ¡Y encima azules!

—Tampoco son para tanto, Minerva.

—Tu mujer no piensa lo mismo... Y tus compañeras de la Agencia tampoco lo hacíamos.

—¡Oh! Mírame, ya no estoy tan en forma como antes.

—¿Lo dices por esos dos kilitos que has echado, Max? Antes estabas demasiado escuálido. Ahora te veo mejor, más cuadrado.

—El ejercicio es bueno para todos, ¿verdad? Por cierto, tú también mejoras con los años. Serías toda una Catwoman. Se lo diré a Nolan a ver qué piensa.

—Basta, por favor, Max —, le repliqué entre carcajadas—. Tú ganas con solo una jugada. Seguro que ya has pedido nuestro par de capuchinos con crema de leche.

—Por supuesto. Cariño, el sitio es idílico para conversar, pero tú me dirás... porque me tienes intrigado.

—¿De verdad? Me alegro, porque merece la pena. Observa esta noticia del canal 24h de esta mañana.

—Bonito smartphone, Minerva.

—Silencio—le dije sonriendo para agradecer su comentario y añadí:

—Mira y escucha, Max.

—Menudo espectáculo —me dijo nada más concluir el video—. Pero seguro que hay algo más...

—Ahora mira este otro que conseguí de las cámaras de seguridad del metro gracias a mis contactos.

Cuando finalizó la reproducción, solo transcurrió un segundo para que Max dirigiera su mirada hacia mí y me preguntara:

—¿Qué importa que uno de ellos esté en esos dos sitios?

—Recuerdas a mis cadáveres invisibles, ¿verdad?

—¡Cómo voy a olvidarlos!

—¡Max, él es uno de ellos! No es una corazonada, es una certeza: me marché a Barcelona para encontrarlo y averiguar quién es y qué ocurrió entonces. Sabes que desvelar este caso para mí equivale a coronar el último ocho mil para un escalador: es el único que me queda pendiente. Esta misma tarde tomaré el Euromed de las ocho menos veinticinco.

—¡No hay quien te detenga! ¡Ha vuelto la clásica Minerva a la que echaba de menos! Adelante. No lo dudes. Sabes que siempre tendrás mi apoyo: has nacido para esto.

—También puedo equivocarme... o no llegar a la solución final —dije con voz segura.

—Como todos, Minerva. Míralo así: solo has tenido un artículo inédito. Ni siquiera estabas aún con una agencia tan fuerte e independiente como la nuestra. ¿Qué ibas a hacer tú sola frente a Dios sabe qué oscura trama político-científica? Tu agencia de entonces se cagó... sin más. ¿Y dónde está ahora? No debes castigarte más por ello: había un topo interesado en desviar la investigación hacia un callejón sin salida, y lo consiguió... ¡Maldita sea la política!

—Nunca me cansaré de decirte que te estaré eternamente agradecida por... —Max me interrumpió:

—Lo sé, Minerva, lo sé. Lo que quiero es que no olvides nunca que las noticias de investigación tienen un componente imprevisible: siempre hay algo aleatorio en ellas que las hace incontrolables al cien por cien. No te reproches si pierdes alguna vez. Aunque en el fondo seas una adicta a los desafíos y a la adrenalina, también sabes ser una profesional.

—Esta vez llegaré hasta el final de la noticia.

—Estoy completamente seguro, pero lleva cuidado.

—Sí, papá. —Sonreí—. ¿Alguna novedad desde tus fuentes, Max?

—Solo que no está fichado en las bases delictivas. Pero en las civiles... ¿quién sabe el tiempo que puede tardar la burocracia y un nuevo sistema operativo en dar frutos?

Asentí con la cabeza y volví a sonreír cuando Max hizo el gesto de teclear hacia el cielo. Max siguió con la conversación:

—He venido a hablar contigo por los viejos tiempos, para saber de ti. Pero, sobre todo, he venido porque confío en ti. Ya estoy visualizando el titular: "Minerva Gómez resuelve Los Cadáveres Invisibles del Parque Güell". Ese será el título, es mi única condición.

—Me parece justo, Max.

—Sabía que te gustaría, Minerva. Oye, viaje de regreso a Madrid a última hora de esta tarde también. Pero

seguiremos en contacto ante cualquier novedad sobre la identidad de tu objetivo.

—Perfecto. Te cambio de tema: ¿qué tal están Julia, Romeo y Crystal?

—Muy bien, muchas gracias. Romeo quiere ser dibujante de cómics y jugador de baloncesto a sus diez años. ¡Ah, y arquitecto también! Le encantan los juegos de construcción.

Una nueva carcajada simultánea nos sorprendió a ambos.

—¿Y Crystal?

—Compite en categoría de alevines de natación este próximo fin de semana. Le encanta nadar. Parece que nació en el mar como una sirena. También le gusta estudiar idiomas y la interpretación. Menudo potencial. Ojalá le salga bien.

—Los dos tienen el apoyo de unos padres maravillosos que siempre les han permitido aprender y equivocarse, informarse y responsabilizarse de sus actos. Las victorias y las derrotas serán a veces inevitables, pero son luchadores a los que no les faltará nunca ni la ilusión ni la fantasía para seguir adelante.

Antes de que Max me replicara me recogí rápidamente el pelo en un moño improvisado, me lo sujeté a una mano a modo de peineta y rematé:

—¡Sniff! ¡Qué bonito m'ha quedao! ¡Y qué pesá que soy cuando me pongo toa trascendentá!

Max rompió a reír tras mi tontuna y añadió:

—¡Y encima me sacas tus raíces de Jaén que sabes que me encantan! ¡Para, para, que me vas a hacer llorar de la emoción o de la risa! Oye, no te lo pierdas: que Julia quiere escribir un libro sobre mí. La verdad es que me hace sentir muy importante.

—Y querido. No olvides darles muchos recuerdos míos.

—Siempre. El amor es el motor de nuestras vidas.

Max se dio cuenta de que bajé la mirada fugazmente y añadió rápidamente:

—Lo siento Minerva, no quise recordarte...

Le sonreí y no dudé en interrumpirle tomándole su mano.

—Lo sé. Tuve que haberlo visto mucho antes... Ya entonces, en Barcelona pude... pero quise intentarlo. Tú y tu familia fuisteis un gran apoyo en aquellos momentos tan difíciles. Pero no solo me lo perdí yo: él también. Me conoció en toda mi extensión, sabía quién era y a qué me dedicaba perfectamente. Aunque lo respeto después de todo. Si no pudo seguir mi ritmo, al menos fue sincero consigo mismo y también conmigo, antes de dar un paso más allá que hubiera sido más duro de reparar en nuestros corazones. Tuve suerte después de todo.

—Llegará tu príncipe azul algún día. Estoy seguro.

—No me gusta el azul, menos en los pantalones vaqueros y en tus ojos, ya lo sabes. —Y nos echamos de nuevo a reír.

Finalmente, entre carcajadas, Max me dijo como pudo:

—¡Que sea amarillo si quieres! ¡Búscate uno en Barcelona!

Nos despedimos con un gran abrazo y la certeza de que seguiríamos en contacto.

Me dirigí hacia el paseo elevado y agreste de El Umbracle, dejando poco a poco atrás El Hemisféric. Llamé a un taxi mientras subía hacia El Umbracle. Lo crucé, bajé por las escaleras que encontré más cercanas y me situé casi enfrente del Centro Comercial El Saler.

El taxi llegó en menos de cinco minutos. Con él regresé a casa a por mi maleta, que había dejado preparada antes de salir a ver a Max.

Más tarde, me encaminé hacia la Estación del Norte. Decidí dar un corto paseo por la calle Colón hasta llegar a ella. Mientras paseaba, miraba los escaparates y las gentes que iban y venían. De vez en cuando, levantaba la vista hacia algunas de las fachadas. A mi modo, recargaba mis baterías. Era consciente de que estaba a punto de empezar una nueva aventura cuyo incierto final me atraía irremediamente. Pero, por primera vez en bastante tiempo, también sentía nostalgia de mi querida Valencia.

Antes de que pudiera reparar más en ello, giré por la calle Xàtiva, y empecé a ver la belleza de la fachada de la

Estación del Norte. Entré dentro, miré el panel informativo, y acudí al andén asignado. Tras unos pocos minutos de espera y el oportuno control de seguridad, tomé el asiento con ventanilla en el vagón.

Saqué mi móvil y me entregué a una de mis grandes pasiones: pulsar play, y... ¡Música, por favor! Ella siempre ha sido mucho más que un pasatiempo o una diversión para mí. Si cuenta con las dosis justas de pasión, de cuidado y de creatividad, es todo un arte que llena mi espíritu y dota de una energía única a muchos momentos de mi vida.

El tren se movió... y "Personal Jesus" me sumergió en mi océano pasional.

12 – Exógeno (Álex)

El reloj de la antesala marcaba las cuatro en punto. Tras él, en la última planta del edificio, se encuentra el laboratorio, que ocupa toda la superficie del ala izquierda, la opuesta a la de las consultas. Abrí la puerta principal del laboratorio y cedí el paso a Arquímedes, quien me miró enseguida algo desconcertado.

—¿Cuál es? —preguntó con un gesto de brazos abiertos. Le señalé la puerta número siete.

Y es que el laboratorio, nada más entrar por la puerta principal, es una encrucijada. Un pasillo transversal a su entrada se extiende de lado a lado, con un gran panel frontal que lo acota y llega hasta el techo. Este panel hace las funciones de pared y delimita el pasillo, se extiende lateralmente por completo, y se interpone ante nosotros. Siete puertas se presentan en él, con un sistema de acceso cifrado que conducen a otras tantas áreas de trabajo. Éstas, a su vez, cuentan con paneles reforzados que las parcelan perfectamente. La extensión total de la planta es tal que permite incluso cierta estructura nuclear... Me explico, aunque es más fácil verlo que decirlo: cada puerta conduce a un pasillo inicial, que se convierte finalmente en un falso pasillo al estar delimitado por estructuras decorativas de mediana altura; y alrededor de éste se extiende cada laboratorio, bien a un lado, bien a otro o bien a ambos. Las puertas centrales son las que cuentan con los pasillos más largos, y dan acceso a los laboratorios más céntricos y menos extensos de la planta. Cuanto más periférica

es la puerta de entrada, las áreas de trabajo contienen pasillos más cortos, que permiten acceder a los laboratorios más externos y con mayor amplitud.

Nadie sabía su razón, pero yo siempre pensé que era para crear una sensación arquitectónica de integración e interacción global; aunque sin duda, esta dinámica era mayor para las áreas técnicas más nucleares, que siempre eran limítrofes a otras dos. Al menos, esa era la impresión que percibíamos muchos de los técnicos.

—¡Menuda colmena, Álex!, dijo Arquímedes una vez que entramos a nuestra zona privada de trabajo.

—¿Te gusta?

—Es curioso cuanto menos. Vaya extractores que hay en el techo.

—Son para evitar riesgos químicos —añadí.

—Vale. ¿Por dónde empezamos? —replicó.

—Sentémonos en las sillas ergonómicas que hay ahí al fondo, justo frente a mi ordenador: lo primero es conocer mi proyecto de investigación.

—¿Cuál es? —dijo con algo de impaciencia mientras tomábamos asiento y nos orientábamos uno frente a otro.

—El Alzheimer.

—Qué desafío... ¿Y en qué punto te encuentras actualmente?

—En el peor —respondí—. Hace solo tres meses que conseguí que me asignaran este proyecto, y ya necesito un replanteamiento en la investigación: aún estoy bastante lejos de alcanzar progresos mínimamente significativos.

—¿Necesitas un nuevo enfoque?, ¿ya no es válido el actual?

—No exactamente. Cada vez estoy más seguro de que el problema reside en la elección del punto de partida. También es cierto que tres meses es muy poco tiempo y que esta investigación es una iniciativa proyectada a largo plazo, en la que, por el momento, estoy asignado en solitario. Pero deseo que salga adelante con todo mi empeño: ni quiero demoras ni quiero cometer errores.

—Elevadísimas pretensiones, Álex. Casi imposibles de alcanzar. Me gustaría saber más de la investigación. Ponme en antecedentes.

Su tono de voz era decidido. Por fin, Arquímedes se mostraba interesado y colaborador. Decidí que la explicación merecía la pena.

—Estudio si la degeneración neuronal siempre es irreversible. Hasta ahora casi todos los estudios que se habían realizado sobre ello habían mostrado que sí. Aunque en los últimos años hay nuevos estudios desde los que se podrían trazar nuevas líneas en sentido contrario, aún no hay nada definitivamente concluyente. Lo que sí es cierto es que las neuronas ni pueden dividirse dando lugar a otras células hijas más jóvenes y totalmente funcionales, ni tienen gran capacidad para eliminar sus partes dañadas y recuperarse hasta su total integridad. Por ello, las principales líneas de investigación médica mundial se han centrado fundamentalmente en dos

objetivos: la posibilidad de una erradicación genética, evitando que se manifieste la enfermedad o muerte neuronal; o su contención, una vez que ya se ha manifestado. La segunda es la que más frutos ha recogido hasta ahora, pero no ha conseguido frenar la degeneración neuronal. Yo también he estado intentando diseñar fármacos basados en moléculas proteicas, que permitan la restauración de las conexiones neuronales que se hayan dañado a consecuencia de la enfermedad. Albergo la esperanza de que si es posible su reparación también será posible el inicio de la regeneración neuronal completa.

Arquímedes aportó su opinión al respecto de inmediato:

—La reparación de esta área concreta de la fisiología neuronal no es una condición suficiente por sí sola para la regeneración integral, a lo sumo necesaria. Además, para saber cómo reparar el daño es necesario saber cómo se ha producido en su total extensión. Solo aplico leyes básicas de lógica. Las de la esperanza son menos deterministas y más propias de mi profesión. ¿Me entiendes? —Arquímedes me clavó su mirada buscando una rápida respuesta.

—Completamente. No creas que no he pensado en ello: con solo esperanza no se logran resultados científicos. Por supuesto que también me he planteado otras cuestiones: ¿Y si no basta con que esas neuronas dañadas recuperen esa funcionalidad?, ¿y si su daño no está ubicado únicamente en esa parte de las neuronas?, ¿y si algunas áreas cerebrales que implican a las neuronas de la memoria, o incluso a otras funciones orgánicas, han sufrido una muerte neuronal parcial?

—Hasta ahí has hecho los deberes, Álex. Entonces... ¿cuál es el problema?

—He buscado exclusivamente que los impulsos eléctricos neuronales vuelvan a fluir por las zonas dañadas, para conseguir la reparación de las conexiones neuronales. Dada la gran complejidad de la enfermedad elegí realizarla por fases. Esta era la que elegí como primera. Intentaba así dotar a la investigación de un inicio seguro. Pero no lo he conseguido.

—Te han puesto el listón muy alto —afirmó con rotundidad Arquímedes.

—¿Qué quieres decir? No empecemos otra vez a faltarnos al respeto.

—Lo que te digo no es que te supere el problema por tus capacidades intelectuales. Digo que eres uno solo para cubrir tantos frentes a la vez. Te exiges mucho y en tres meses. Quien quiera que haya tenido la genial idea de emprender una investigación tan compleja, casi desde cero, y con tal planificación de recursos humanos es alguien totalmente político y directivo. Y ahora tú decides: ¿vas a rendirte por eso?

—Ni de coña, Arquímedes. Es verdad que he elegido, como primera fase, una poco ambiciosa; y que no he conseguido salvarla. Pero voy a aprovechar que somos dos, aunque solo sea por unos pocos días, para cambiar al menos el enfoque inicial.

—Eso que dices incluye mirar al futuro con más serenidad, Álex: debes rebajar, y mucho, tu ansiedad por alcanzar resultados. Ya ves cómo han enfocado el asunto desde las altas esferas del Hospital y lo que les preocupa. El proyecto y tú sois un experimento politizado. Seguramente, una excusa para poder decir “nosotros también contribuimos en la medida de nuestras posibilidades”, y ya está. Ten paciencia o serás

presa de tu autoexigencia o de algo peor... Yo no voy a estar siempre para ayudarte, ya lo sabes.

La versatilidad que Arquímedes me mostró, a la hora de comprender mis explicaciones y en su perspectiva del método de investigación científica, me animó a seguir contrastando mis argumentos y conocimientos con él. Tras nuestros tormentosos inicios, no esperaba su implicación más allá de asistir forzosamente a un monólogo impartido por mí. Tampoco imaginaba que su perfil intelectual ni sus capacidades fueran tales. Por eso, no dudé en proseguir con mis explicaciones:

—Tienes mucha razón, déjame que te muestre en mi ordenador cuáles son las alternativas que tenemos para el reinicio de la investigación.

—Venga Álex, que por esta tarde ya hemos perdido bastante tiempo en lamentaciones.

Arquímedes se giró y se abalanzó sobre mi ordenador.

—Espera, espera. Te abro mi sesión. Pero no mires mi contraseña.

—Si te conociera un poco más seguro que la acertaría. Casi todos somos predecibles en eso y tú también lo pareces — dijo en tono presumido mientras él giraba la silla y se situaba totalmente opuesto al monitor.

—Eres muy gracioso, Arquímedes, ¿pero ya lo sabes verdad? Ya está.

Arquímedes tomó el teclado y el ratón. Abrió el navegador de Internet y se fue directo a la carpeta denominada “Alzheimer” de mis marcadores favoritos.

—¿Qué te dije? Predecible —me dijo con una sonrisa victoriosa.

—Yo prefiero llamarlo ordenado.

—Pues eso, predecible.

—Vale, Arquímedes. Ahí tienes en todos esos marcadores todas las posibles líneas a seguir.

—¿Cuál abro? El de La Fundación Alzheimer España, el de monografías, el de Univisión... Venga, dime alguno.

—No es necesario. Tengo un documento donde he esquematizado y sintetizado la información más relevante. Ve a documentos recientes y abre la presentación. Y no, no te digo cómo se llama, mentalista. Pero yo te lo explico. Hazme sitio a tu lado que me acerco.

—Tu ordenador es tan rápido como el mío. Eso me gusta. Ya está abierto, Álex.

—De acuerdo Arquímedes, empiezo. Actualmente hay tres hipótesis de trabajo: la hipótesis colinérgica, la amiloide, y la Tau. La primera y más antigua intenta la restauración de los niveles del neurotransmisor acetilcolina, involucrado en los procesos de aprendizaje y memoria.

—Por los nombres, deduzco que un neurotransmisor es un medio de comunicación interneuronal químico —afirmó Arquímedes.

—Exacto. Es una molécula que es enviada de una neurona a otra para que genere en la destinataria un impulso eléctrico que posibilite a su vez la continuidad de la cadena de comunicación. Pero esta línea de investigación no ha

conseguido interferir en el proceso de degeneración neuronal, aunque haya sido paliativa en la sintomatología —afirmé.

—¿Y qué es esta otra línea de investigación que se llama amiloide, Álex?

—La hipótesis de la beta amiloide es más potente, ya que está confirmada la presencia de esta sustancia en cantidades muy significativas en los pacientes de Alzheimer. Las llaman también placas seniles por su grado de acumulación en el cerebro.

—Pues podrías investigar en la eliminación de esa sustancia, para que se dé en las mismas proporciones en gente sana que en pacientes de Alzheimer.

Un silencio se apoderó de mí durante unos breves segundos. Arquímedes se impacientó:

—¿He dicho algo malo, Álex? ¡Vamos, di algo!

—Cada vez lo veo más claro, Arquímedes: conocía la hipótesis, la tenía a mi alcance y fui un estúpido conservador. Hay que ser más ambicioso y atrevido cuando te ofrecen la oportunidad para serlo. La ciencia no debería atender ni a prejuicios ni a cortafuegos ni a rebajas que la limiten.

—¿Qué más sabes de esta hipótesis Álex?

—Nada menos que la acumulación es un 30% superior en los afectados por la enfermedad. Con esa demora en la eliminación de la sustancia, la enfermedad empieza realmente diez años antes de que los afectados muestren los primeros signos de afectación mental. Es la clave por la que los tratamientos en este campo no funcionaron: para conseguir efectos de demora, e incluso de prevención de la enfermedad,

se probaron en personas en las que la enfermedad había avanzado demasiado.

Rápidamente proseguí, muy motivado por el interés de Arquímedes:

—¿Sabías que la APP o proteína precursora del amiloide, la que lo origina, está presente en las dendritas, los cuerpos celulares, y los axones de las neuronas?

—Soy psicólogo, Álex. Te sigo en mucha de la terminología médica y fisiológica que empleas, pero hasta un límite: sé lo que son las dendritas, los cuerpos celulares, y los axones de las neuronas, pero no sabía nada de la APP.

—Pues que sepas que es generada a través de un gen que está en el cromosoma 21 —le respondí y enseguida añadí:

—Incluso se ha observado en algunas familias con declaración prematura de la enfermedad, que las mutaciones de unos codones de este cromosoma, cuyos números no recuerdo ahora mismo, están directamente relacionadas con el metabolismo de la APP y por tanto con la enfermedad.

Mi entusiasmo iba creciendo durante la exposición, y ya era muy notorio cuando afirmé:

—Pues bien, Arquímedes, ahí tenemos un campo de estudio: si no me equivoco, hay una enzima que se llama beta-secretasa que, seguida de la acción de otra llamada gamma-secretasa, escinde la molécula de APP formando la de beta-amiloide: es la “ruta amiloidogénica”. Aunque también he sabido de otro estudio que afirma que realmente son dos tipos de la misma enzima secretasa: la presenilina-1 y la presenilina-2, también conocidas como PS1 y PS2.

—Mejor que las llamemos por sus apócopos respectivos PS1 y PS2, aunque no se qué pensará Sony de todo ello... ¿No crees, Álex?

Arquímedes me miró con la cara de circunstancias que pone alguien que sabe que acaba de contar un chiste malo, y añadió:

—Es para relajar un poco el ambiente. Demasiados conceptos en muy poco tiempo para nuestros cerebros masculinos. Has nombrado hasta condones.

Las carcajadas de ambos fueron sonoras durante unos breves segundos que sin duda fueron oxígeno, no solo en nuestra tarea, sino también en nuestra incipiente relación profesional. Tras reponernos, Arquímedes me preguntó:

—¿Y la hipótesis Tau?

—Es la más reciente y promete mucho, pues se ha comprobado que el grado de demencia que la enfermedad provoca es directamente proporcional al número de ovillos neurofibrilares encontrados en los pacientes de Alzheimer y también de otras demencias llamadas Tauopatías.

—Ovillos neurofibrilares —dijo Arquímedes intrigado.

—Los ovillos neurofibrilares constituyen la principal lesión intraneuronal. Son estructuras anómalas de la neurona. Su presencia provoca trastornos en su actividad, lo que las lleva a su pérdida de capacidad en la transmisión de mensajes nerviosos, y más tarde al proceso neurodegenerativo. Pierden su capacidad funcional, y muchas de ellas finalmente mueren. Ello se ha evidenciado por la presencia de dichos ovillos en los

residuos neuronales de los cerebros de pacientes con la enfermedad.

—¿Se conoce la sustancia o proceso que desencadena los ovillos, Álex?

—Sí. La respuesta reside en la zona del hipocampo, donde se halla la función de la gestión de la memoria. En la formación de las neurofibrillas, que conforman los ovillos, están implicadas las proteínas Tau, de las que hay seis isoformas o variedades. Todas ellas provienen de un único gen Tau, localizado en el cromosoma 17.

—¿Y ya está todo?

—No exactamente, Arquímedes. Las proteínas Tau se caracterizan por su alta capacidad para combinarse con el fósforo, lo que les permite una importante movilidad dentro de los axones de las neuronas. Pero en los pacientes con Alzheimer se producen fenómenos anormales en esa fosforilización. Es decir, alteraciones en ella, y también de hiperfosforilización. Ambos procesos pueden ser simultáneos, pero cualquiera de ellos es el responsable de los complejos de proteínas Tau.

—Es decir, de los ovillos neurofibrilares —añadió Arquímedes.

—Exacto Arquímedes. —Le di un breve y sincero aplauso—. ¡Has estado muy atento a la explicación!

Pero Arquímedes aún no había acabado y prosiguió:

—Por tanto, la clave que podría definir un importante avance en la erradicación definitiva de la enfermedad no es única. Las teorías de las que hemos hablado apuntan a una

doble causa: la formación de la placa amiloide en el espacio interneuronal, y la de los ovillos neurofibrilares, dentro de la misma neurona.

—Así es. Quizás, en el mejor de los casos, ambos frentes de investigación podrían estar relacionados incluso, Arquímedes.

Me levanté con renovadas energías de la silla y exclamé:

—¡Genial! ¡Arquímedes, muchas gracias por tus opiniones! Me has abierto los ojos de una vez por todas, y eso era muy necesario para el replanteamiento de mi investigación.

Arquímedes solo me respondió gestualmente quitándose importancia alzando y bajando varias veces su mano derecha.

—De acuerdo, Arquímedes. Empezaremos mañana. Pero ahora voy a crear una diapositiva resumiendo la planificación de actividades de la investigación y otra con un detalle sintético de sus contenidos.

—¿Ahora? —me preguntó en tono de incredulidad.

—Sí, Arquímedes, en quince minutos las sacó del horno. —Le repliqué señalando a la impresora.

Yo estaba muy acostumbrado al manejo del programa de presentación de diapositivas. Además, lo de copiar y pegar es uno de los mejores inventos de la informática. Arquímedes siguió expectante la pantalla durante su creación. Estaba claro que ni otorgar ni recibir reconocimientos eran predominantes en su carácter. Sin embargo, gestualmente, parecía admirar tanto mi agilidad como capacidad de síntesis. Finalmente, las imprimí y se las enseñé a Arquímedes, que me sorprendió al decirme:

—Han quedado muy bien, Álex.

—Quédatelas de recuerdo, Arquímedes.

—Las quiero con tu autógrafo, Álex.

—Pero si ya llevan en el pie de página mis datos, junto a los del Área de Investigación y los del Hospital.

—Me da igual. Quiero tu rúbrica, ¿vale?

—Pues vale. Si te empeñas... toma rayajo.

—Es por si algún día eres famoso. ¡Las venderé por una pasta! —soltó una carcajada.

—¡Ojalá!

Pasaban once minutos de las cinco de la tarde en el reloj digital del ordenador cuando la puerta del laboratorio sonó varias veces.

—¿Esperas visita, Álex? A ver si tú también tienes alguna distracción femenina por ahí... como yo —sonrió.

Me encaminé hacia la puerta mientras le rebatía:

—Eso solo te pasa a ti, yo tengo toda una galaxia para mí solo. Se llama... —le decía mientras abría la puerta.

Antes de que pudiera reaccionar, Casiopea se abalanzó sobre mí, me rodeó con sus brazos por el cuello y me dio un largo beso en los labios.

—¡Vaya pelirroja, Álex!

Menuda sorpresa me llevé. A menos que hubiéramos quedado con antelación, o nos hubiéramos avisado por Whats App, no teníamos costumbre de vernos en nuestros trabajos. Me la llevé enseguida fuera, al pasillo. Cerré la puerta y nos quedamos hablando allí para que Arquímedes no nos viera: no tenía ganas de darle más vidilla para sus bromas.

—¿Y eso que has venido? ¿Va todo bien? ¿Y Hiro?

—¡Claro que va todo bien, tonto! No sabía que estarías acompañado y pensé en darte una sorpresa... y de paso traerte este paquete. —Casiopea señaló hacia atrás, a la derecha de sus pies, donde lo había dejado antes de llamar a la puerta.

—¡Eh, no seáis tímidos! ¡Álex, preséntamela! —La guasa de Arquímedes nos llegaba pese a que la puerta estaba cerrada.

—¡Arquímedes, no sigas! ¡Ya tuvimos bastante con esta mañana!

Casiopea tomó el paquete y me lo dio. Era de forma cúbica, de unos 50 centímetros por cada lado. No era demasiado pesado.

—Hiro está ahora en el cursillo de natación. En media hora lo recojo. El paquete ha llegado a tu nombre a casa, sobre las cuatro más o menos. En el lateral pone urgente y que es de una asociación de afectados de Alzheimer. Así que pensé que te vendría bien tenerlo ya... además de vernos.

—Qué extraño, no recuerdo haber pedido nada a ninguna asociación con las que me he puesto en contacto últimamente.

—Bueno, ya lo averiguarás. No te preocupes. Os dejo, que estáis ocupados.

Nos despedimos con otro besazo y entonces una voz conocida nos sobresaltó:

—¡Muy bonito, señor Vega, muy bonito! ¡Le veo muy concentrado en su investigación! ¡Siga así y llegará lejos! — Castells volvía a la carga de nuevo. Vaya cruz que nos había caído. Se le notaba muy contrariado, como si algo no le fuera bien.

—Bueno, yo me voy. Hasta luego, Álex.

Casiopea casi no podía contener su risa mientras se marchaba a toda prisa. Antes de que pudiera darme cuenta, ya había desaparecido de mi vista dejándome solo ante Castells. Entonces, cuando esperaba otro paquete peor que el que llevaba entre manos, Arquímedes, que había escuchado los gritos, abrió la puerta e intercedió por mí:

—Vamos, Castells, no sea tan estricto... que es su mujer. ¡Habrà cosa más bonita que el amor!

La réplica de Castells no se hizo esperar:

—¿Un partido de fútbol? ¿O un combate de boxeo, quizás? Sigán con lo suyo. No me obliguen a tomar más medidas. Los veré mañana por la mañana.

Y sin más, Castells se marchó dando un portazo. Nada más irse, Arquímedes quiso cerrar también aquel episodio:

—Bromas aparte, eres un tío con fortuna, Álex.

—Lo sé. Oye, gracias por lo de Castells.

—De nada. ¿Y ese paquete que llevas? ¿No lo vas a abrir? Yo ya lo habría abierto ayer.

—Ya..., el joven e impulsivo Arquímedes. Pues venga, lo abriré. Y así haremos un breve descanso antes de proseguir.

Rompí el plástico protector del envío y bajo él apareció una caja de cartón con una pegatina que me hizo enmudecer. Eso hizo que Arquímedes se me acercara preocupado:

—¿Qué pasa Álex? ¿Por qué no la abres? ¿Qué es esa caja?

—No lo sé —respondí con temor.

Arquímedes se acercó a mi lado más todavía y leyó en voz alta las palabras de la pegatina que me acababan de impactar:

—“DE AYAMI PARA ÁLEX: RESCATE EXÓGENO DE RECUERDOS”. ¿Qué quiere decir esto, Álex? No entiendo nada.

—Arquímedes, Ayami es mi primera mujer, la que desapareció junto con mi hija. —Mi voz albergaba rabia e impotencia. De nuevo, los fantasmas de mi pasado regresaban a mí vida sin que yo hubiera hecho nada para despertarlos.

—¿Qué? ¿Y ahora te llega esto? ¡Tras tanto tiempo! ¡Y lo de la chica de esta mañana! ¡Demasiadas coincidencias, Álex! ¡Ábrelo ya!